

BOLETIN
DE
ESTUDIOS HISTORICOS
SOBRE
SAN SEBASTIAN



1974
SAN SEBASTIAN

8

PUBLICACION DEL GRUPO DR. CAMINO DE HISTORIA DONOSTIARRA
DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAIS
(C. S. I. C.)

OBRA CULTURAL DE LA CAJA DE AHORROS MUNICIPAL
DE SAN SEBASTIAN

GRUPO DOCTOR CAMINO

JUNTA RECTORA

D. JOSE IGNACIO TELLECHEA IDIGORAS
Presidente

D. JOSE LUIS BANUS AGUIRRE
Secretario

Un representante del Excmo. Ayuntamiento de San Sebastián

D. NICOLAS LASARTE
por la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián

D. ALVARO DEL VALLE LERSUNDI
por la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País

D. ANTONIO ARRUE

D. JOSE MARIA AYCART ORBEGOZO

D. JOSE BERRUEZO

D. LUIS URCOLA ANSOLA

DE CRONICAS Y TIEMPOS BRITANICOS

HISTORIA DE UNA EXPEDICION MILITAR INGLESA EN GUIPUZCOA

(Junio-Octubre de 1512)

Por JULIO-CESAR SANTOYO

**Pocos episodios de la historia militar inglesa
han sido más ignominiosos.**

*H. A. L. Fisher, «The Political History of England»,
(Londres, 1928), V, 176.*

INTRODUCCION

Los años finales del siglo XV y los iniciales del XVI vieron sucederse con rápido paso uno tras otro los pactos o ligas de alianza entre los diversos estados de Europa occidental.

En 1495 España, Milán, los Estados Pontificios, Venecia y el emperador Maximiliano firmaron la primera Liga Santa, a la que en julio de 1496 se unió Inglaterra. Su fin: la lucha contra Francia.

En diciembre de 1508 se formó la Liga de Cambray, por la que el papa Julio II, España, Francia y Maximiliano I sumaban sus fuerzas para combatir esta vez a los venecianos.

El 4 de octubre de 1511 una nueva Liga Santa quedó acordada entre el Papa, Venecia y España. Poco más tarde se integraban en ella Inglaterra, Austria y Suiza. De nuevo era Francia el enemigo común, aunque los intereses que amalgamaban a estos aliados eran ampliamente heterogéneos: Julio II y los

venecianos pretendían expulsar de Italia a Luis XII; Fernando el Católico, por su parte, buscaba la anexión de Navarra, único país que, por miedo a la monarquía española, permanecía fiel al rey francés.

Enrique VIII de Inglaterra se unió el 13 de noviembre a esta segunda Liga, al parecer también con la intención de aprovecharse de la situación en que Francia se encontraba, rodeada por todas partes de enemigos, para recuperar el ducado de Aquitania, o Guyena, que había pertenecido durante tres siglos a la corona inglesa, hasta 1453.

Lo cierto es que sólo cuatro días después de haber entrado en la Liga Santa, Enrique firmó con su suegro Fernando el Católico un pacto bilateral, en el que se hablaba ya de una expedición militar conjunta hispano-británica que pronto invadiría desde Guipúzcoa el país vasco francés.

El punto tercero de este tratado, firmado en Westminster, especifica que ambas partes se comprometen a atacar a Francia en sus fronteras, y especialmente en Aquitania, *provincia que por derecho pertenece a la corona inglesa*. Enrique VIII quedaba obligado a enviar a Aquitania, o a algún territorio inmediato, un ejército de 6.000 hombres en abril de 1512; el mismo compromiso contraía Fernando de Aragón; éste debía además suministrar a los ingleses artillería y caballos. Las tropas conjuntas de uno y otro monarca se ocuparían en *la conquista de Aquitania para la corona británica*.

Enrique VIII, joven y ambicioso, con un trono inaugurado hacía apenas tres años, soñaba con la extensión de sus territorios en lo que había sido patrimonio de sus mayores: Normandía, Anjou, Bretaña, y especialmente Guyena. Aquella iba a ser su primera empresa guerrera. Aliado con el Rey Católico, uno de los políticos más expertos y taimados de la época, el monarca inglés se vio pronto en posesión de las ricas tierras gasconas.

Los preparativos comenzaron sin tardanza: alistamiento de soldados, reunión del Parlamento para solicitar, o exigir, los impuestos que financiarían la campaña, reparación de barcos... Todo el sur de Inglaterra se dispuso material y psicológicamente para la guerra. Enrique, que deseaba que sus fuerzas llevaran el

peso de la conquista, decidió enviar cuatro o cinco mil soldados más de los mencionados en el tratado.

Y pronto pasaron los meses de invierno.

Las páginas siguientes son la breve historia de esta expedición, de su desafortunada permanencia en tierras guipuzcoanas, y de su desdichado final.

ABRIL

Los preparativos y alistamientos prosiguieron sin interrupción durante todo el mes.

Cuenta el cronista Richard Grafton que, *confiando en la promesa de Fernando el Católico, el Rey y su Consejo dispusieron un ejército de infantes con escasa artillería, y esperaban que el rey de Aragón añadiese la caballería y el grueso de la artillería* (1).

Estas fuerzas estarían mandadas por el conde de Shrewsbury, *George Talbot*. A sus órdenes situó Enrique VIII a numerosos lores, nobles y capitanes, con la misión de formar la oficialidad del ejército. Entre ellos estaban *Thomas Grey*, marqués de Dorset, como lugarteniente general, y sus tres hermanos *Anthony*, *Leonard* y *John*. (Leonard Grey era el menor de los cuatro, y parecía gustarle más la magia negra y la búsqueda de tesoros ocultos que la guerra).

Participaban asimismo en la empresa *Thomas Howard*, de treinta y nueve años, hermano del entonces almirante de la marina inglesa; *sir Maurice Berkeley*; *sir Griffith Ap Rice*; *Walter Devereux*, cuñado del marqués de Dorset y gobernador del castillo de Warwick; *William Sands*, tesorero general de la expedición; *William FitzWilliam*, copero del rey; *sir Henry Willoughby*; el barón Burford (2), y otros muchos *gentiles hombres y capitanes: gente muy noble y principal* (3).

Desde un principio la intención de Enrique VIII fue la de enviar un ejército compuesto exclusivamente por tropas inglesas, y no buscó mercenarios en los cercanos países europeos, como haría años más adelante en su reinado, en particular durante sus guerras contra Escocia y Francia.

La cifra total de soldados reclutados en este mes de abril se estimaba cercana a los diez mil. El día 19 comunicaba el obispo de Durham a lord Darcy:

Se van a enviar 10.000 hombres a Guyena... Se están haciendo ya los preparativos necesarios para su desembarco en Fuenterrabía. Partirán pronto para el puerto de Southampton, donde embarcarán el día 4 de mayo (4).

(1) *Chronicle, or History of England*, edición de 1809, II, p. 214.

(2) HALL, *Chronicle*, p. 527.

(3) ZURITA, *Historia del Rey Don Fernando el Católico*, libro X, p. 292.

(4) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, (Londres, 1920) p. 543.

Según puede apreciarse por las listas de leva que se conservan, el número exacto fue de 9.739 hombres, en torno a los cuales pululaba otro pequeño ejército de personas y personajes no militares, pero que resultaban imprescindibles para el buen funcionamiento de una milicia renacentista: músicos, matarifes, cocineros, panaderos, sacerdotes, juglares, cómicos...

Las tropas, no obstante, recordaban más bien un ejército recién llegado de la guerra de los Cien Años, o de cualquier otra batalla medieval. Carecían de artillería, porque Enrique VIII apenas podía proporcionarles unas malas y defectuosas piezas, muy escasas en número, que producían más ruido que daño, al cuidado de treinta y cinco artilleros y cuatro oficiales (5), todos ellos de reducida experiencia.

Su principal armamento eran los arcos, ballestas, picas y alabardas. Los soldados no llevaban ningún arma individual de fuego (los mosquetes no se usaron en Inglaterra hasta el año 1521, durante el sitio de Berwick). Las cuerdas de los arcos estaban hechas de seda o cáñamo, y era un hecho conocido que, si no se las cuidaba y enceraba bien, llegaban pronto a pudrirse, especialmente en climas húmedos (6). Este fue el caso precisamente de la expedición guipuzcoana, cuando el intendente general, sir Henry Willoughby, pudo apreciar que, *de 8.000 arcos, sólo doscientos estaban en condiciones de ser utilizados* (7).

Sin embargo, todos los observadores que pudieron contemplar a estos hombres antes de su partida para Guipúzcoa coincidían en hablar de su brillantez y gallardía. Banderas y gallardetes sembraban de color las compañías y regimientos. El 26 de abril, por ejemplo, el rey ordenó en Greenwich a su guardarropa que entregara a sir Henry Willoughby doscientos paños de bocací, blancos y verdes, cada uno de los cuales debía llevar bordada una rosa roja y una corona imperial amarilla; con ellos se cubrirían los carros donde se transportaba la tesorería del ejército, así como los restantes transportes que confiaban les proporcionase Fernando el Católico a su llegada a los puertos cantábricos (8).

Era la armada vna de las q bien en ordê há salido de aql reyno; y qual se deuia embiar por vn Principe tâ poderoso y grâde para vna empresa tal como la de Guiana: y veniâ en ella cinco mil flecheros: y estos demas de sus arcos, trayâ alabardas: y auia otros mil cô picas, y dos mil con solas alabardas (9).

Mientras tanto, en el puerto de Southampton, en la costa sur de

(5) *Idem*, vol. I, parte 2.^a, p. 1510.

(6) C. C. CRUICKSHANK, *Army Royal*, p. 68.

(7) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 651.

(8) *Idem*, p. 547.

(9) ZURITA, *Historia del rey Don Fernando el Católico*, libro X, p.

Inglaterra, se reunían y casi amontonaban las naves que habrían de conducirlos a la Península. Eran navíos que procedían de Flandes, y de los puertos de Santander, Vizcaya y Guipúzcoa, enviados a Southampton por Fernando el Católico (10). Venían recogiendo en el puerto inglés desde mediados de marzo (11).

En la corte de Londres se aseguraba que el rey acudiría pronto a Southampton para visitar las embarcaciones, acelerar con su presencia los últimos preparativos, y darles la despedida (12).

M A Y O

En los días finales de abril Enrique VIII cambió sus planes con respecto al general en jefe de la expedición. Había pensado primero en el conde de Shrewsbury, George Talbot, que desempeñaba el cargo de Mayordomo Mayor de la Casa Real. Pero posteriormente decidió confiarle el mando de las tropas que atacarían el norte de Francia, en movimiento simultáneo con las enviadas a Guipúzcoa, que penetrarían por el sur.

El 2 de mayo, pues, el monarca nombró nuevo capitán general del ejército de Guyena a Tomás Grey, segundo marqués de Dorset.

El cronista Aragonés Jerónimo Zurita atribuye erróneamente este cambio en la jefatura de las tropas a una enfermedad del conde de Shrewsbury (al que denomina Estuardo, cuando "steward" desluta ser el cargo de mayordomo que ocupaba en la corte, y no su nombre de pila):

Auia nombrado (el rey) por su Capitan general a Estuardo Conde de Xasberri; y por no estar bien sano, se eligió por General de la armada que auia de passar a Guiana, a Thomas Graye Marqs de Orset...

Era mancebo de treynta y cinco años, bien dispuesto, y muy bien quisto en aquel reyno: aunque sin ninguna experiencia en las cosas de la guerra (1).

Esta última alusión a la inexperiencia militar de Dorset queda contrarrestada por la autoridad del historiador Polidorus Vergil, contempo-

(10) TAILHIE, J., *Histoire de Luois XII*, (París, 1755) III, p. 180.

(11) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 527.

(12) *Calendar of State Papers and Manuscripts, Venice*, (Londres, 1867) II, p. 59.

jeeee

(1) ZURITA, *Historia del Rey Don Fernando*, libro X, p. 267 (Zaragoza, 1580).

ráneo de estos hechos, quien hablando de Thomas Grey y Edward Howard al mismo tiempo, escribe :

Ambos rei bellicae peritos (2).

Thomas Grey había nacido en 1477, y tenía por lo tanto, como bien anota Zurita, treinta y cinco años cuando le fue confiada esta empresa. Era rubio, medía algo menos de un metro ochenta, y después de haber pasado una corta temporada como estudiante en el Magdalen College de Oxford, el resto de su vida transcurrió en la corte o en torno a ella, casi por derecho propio, ya que era sobrino del anterior monarca, Enrique VII, y primo, en consecuencia, de Enrique VIII.

Sus años de vida palaciega pueden quedar resumidos en muy breves trazos: había sido nombrado caballero de la Orden de Bath; fue testigo de la boda de Catalina de Aragón con el desafortunado príncipe Arturo; y al parecer, tenía merecida fama como diestro combatiente en los torneos (3).

Al día siguiente de hacerse público este nombramiento, se presentó a Enrique VIII un germano, de nombre Guyot de Guy, capitán de quinientos mercenarios alemanes, que habían oído hablar en el continente de la necesidad de soldados que el rey tenía, y estaban dispuestos a servir en su ejército.

Iban todos vestidos de blanco, con ropas tan estrechas y ajustadas que no parecía sino que iban a estallar de un momento a otro (4).

El rey agradeció su llegada, y le armó caballero en la villa de Backheath, en presencia de todos sus soldados. Le impuso una pesada cadena de oro como prueba de la amistad real, le concedió una pensión anual, y le encargó como primera misión que se encaminara directamente a Southampton con sus hombres, para unirse allí a las tropas de Dorset, que se disponía a partir ya hacia Guipúzcoa.

Zurita menciona su presencia en la expedición con esta frase:

Erá casi todos Ingleses: que no avia entre ellos si no seysciētos Alemanes.

Los soldados germanos tenían fama en estos años de ser los más duros y aguerridos de cuantos combatían en Europa, y no había príncipe o rey que no contara entre sus tropas con compañías alemanas. Pero si

(2) POLIDORUS VERGIL, *Anglicae Historiae Liber XXV*, p. 174 (edición en 1950, Camden Third Series, vol. 74).

(3) *Dictionary of National Biography*, XXIII, p. 202-204. Editado por Leslie Stephen y Sidney Lee, Londres, 1890.

(4) EDWARD HALL, *Chronicle*, p. 527.

eran buscados, eran al mismo tiempo temidos. Un documento de aquella época los definía así: *Es tal su brutalidad y arrogancia, que a menudo se convierten en una banda de incendiarios, causantes de más problemas que ventajas, a menos que sean dirigidos por un jefe de su propia nación a quien respeten por su bizarría y bravura* (5).

Ellos precisamente serán los principales protagonistas del saqueo y los asesinatos de Irún tres meses más tarde, en el mes de agosto.

A primeros de mayo el cónsul veneciano en Londres comunicaba a su hermano, Francesco Pasqualigo, que el rey había partido ya hacia el puerto de Southampton para presenciar el embarque de su ejército. Más de cien barcos ocupaban ya el pequeño puerto y sus inmediaciones.

En tierra la actividad era continua, preparando todas las necesidades del viaje y de los primeros días de estancia en la península. Los muelles estaban cubiertos de barriles de agua y cerveza, de lonas para las tiendas de campaña, postes, azadas, palas, cajas con arcos, con cuerdas nuevas aún no enceradas, cajas con flechas... Veinticinco mil bueyes fueron sacrificados aquellos días y su carne puesta en salazón: sería el principal alimento de la tropa durante la travesía, y después de ella se guardaría para casos de necesidad o de desplazamientos prolongados en las provincias vascas. Este elevado número de reses muertas hizo que el precio de la carne subiera en toda la región sur de Inglaterra de uno a tres peniques por libra en pocos días (6).

Cada jornada que transcurría llegaban nuevos transportes, muchos de ellos presas francesas de la propia flota británica (7). Con todo, la mayoría de las naves que aguardaban la partida eran españolas, procedentes casi todas de los puertos cantábricos. Diez barcos bretones fueron aprehendidos aquellos días, así como otros cuatro españoles que transportaban por el Canal de la Mancha géneros florentinos y genoveses. Los mercadores hispanos presentaron sus quejas al rey por aquel despojo, pero Enrique VIII les contestó que no había lugar para sus reclamaciones, porque al negociar con Francia habían incurrido en la maldición y excomunión que pesaba sobre esta nación, y eran también, por lo tanto, "enemigos de todo buen cristiano" (8).

(5) C. G. CRUICKSHANK, *Army Royal*, p. 32, citando: *Calendat of State Papers, Spain*, II, n. 151.

(6) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 555.

(7) *Ne li Canali se atrova 30 nave grosse armade de Englexi, le qual non lassa ussir una barcha de peschadori de'Franzesi che non la prendino.* Lorenzo Pasqualigo a su hermano en Venecia. Ver: ALFRED SPONT, *Letters and Papers relating to the War with France* (1512-1513), p. 18.

(8) *Laquel armada e nave del Re par habi prexo 10 barche Breitone e 4 Spagnole su le qual erano robe di merchandanti Fiorentini e Zenoesi e hanno facto bon butino, et dicti merchadanti è venuti a doler si dil Re. Soa Maestà à terminato siano ben tolti, perchè li ditti, tenendo con Franza, sono excomunichati et maledeti per esser contra la Chiexia.* Carta de Lorenzo Pasqualigo, cónsul veneciano en Londres, a sus hermanos Aloixe y Francesco. Ver: ALFRED SPONT, *Letters and Paper*, p. 16.

Otros dos bajeles que hicieron escala en el mismo puerto se vieron obligados a descargar allí su cargamento de paños de lana, y ponerse a disposición de la empresa guerrera de Dorset (9).

El día 8 de mayo todo se hallaba ya dispuesto para la partida, y nada se esperaba sino un viento favorable que hinchase el velamen de aquellos ciento veinte navíos (10). El 17 se pagó a las tropas la primera soldada.

El optimismo y los buenos augurios llenaban todos los espíritus en esta primera guerra continental de Enrique VIII. La esperanza de una rápida conquista de la Guyena francesa, dominio durante muchos años de los reyes ingleses, parecía estar convirtiéndose momento a momento en tangible realidad.

Era hermoso ver a los lores y caballeros, todos tan bien armados y cubiertos de tanta riqueza, con ropas de oro y plata, y terciopelos de colores variados, cubiertos de bordados. Los capitanes vestían satenes y damascos blancos y verdes, y otros muchos caballeros llevaban también estos mismos colores. Era un placer admirar tantas banderas, pendones, estandartes y gallardetes, nuevos y recién pintados con animales y escudos de toda suerte (11).

Los rumores que corrían por las cancillerías europeas respecto al número de soldados que Enrique enviaba a Guipúzcoa variaban considerablemente. Mientras algunos dictaban la cifra exacta de diez mil hombres (o de *alrededor de diez mil*), Lorenzo Pasqualigo cita quince mil, y estima también que se estaba procediendo ya al reclutamiento de seis mil más (12). Otros hablan de siete mil. Otros de veinte mil (13). Garibay admite la disparidad de opiniones que existía a este propósito cuando anota:

Llegó... una grande armada de Enrique, rey de Inglaterra, en que en naves inglesas y españolas desembarcaron ocho mil flecheros ingleses, que algunos escriben seis mil, y otras muchas gentes.

El mismo Enrique VIII parecía desconocer su número exacto: con fecha del 31 de mayo, mientras las tropas surcaban ya las aguas del golfo de Vizcaya rumbo al sur, escribe a su embajador en Roma, cardenal Bainbridge, para decirle que acaba de partir hacia España *una fuerza de doce mil hombres*:

(9) *Calendar of State Papers and Manuscripts, Venice*, (Londres, 1867), II, p. 59.

(10) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 556.

(11) EDWARD HALL, *Chronicle*, p. 528.

(12) *Calendar of State Papers and Manuscripts, Venice*, (Londres, 1867), II, p. 66.

(13) *Idem*, p. 60.

He subido a los barcos y los he inspeccionado, y soy de la opinión que nunca hasta ahora se ha visto un ejército tan numeroso ni tan bien preparado (14).

(Lo extraño es que historiadores posteriores, generalmente bien documentados, cometen a este respecto errores tan importantes como el de J. Bacon en su biografía de Francisco I (volumen I, Londres, 1829, página 89): *El marqués de Dorset desembarcó en España con una fuerza de 50.000 hombres*).

El intérprete oficial de la expedición era John Rowley, natural de Bemersley, en el condado de Stratford, a quien se pagaba el mismo sueldo que al resto de la tropa: seis peniques al día. Permaneció ciento sesenta y ocho días *guiando y mostrando el lenguaje* a Dorset y a sus capitanes allí donde sus servicios eran requeridos, es decir, hasta el regreso de las tropas británicas a Inglaterra a principios de noviembre (15).

Y cuando sir William Sands, a quien se había nombrado Tesorero de la Guerra, pagó todas las soldadas, se determinó los hombres que irían en cada uno de los barcos (16), y se les ordenó que subiesen a ellos y se dispusieran para la partida.

Cuando todas las fuerzas hubieron embarcado, el hormigueo humano de los muelles pareció ceder un tanto. Lo último en cargarse fueron los cofres, baúles y cajas con las provisiones y armas de la expedición.

Por fin, con varias semanas de retraso con respecto a la fecha inicialmente establecida en el tratado, la flota partió de Southampton el 21 de mayo (17), empujadas las velas por una brisa favorable del oeste que les empujó hasta Cowes, el puerto norte de la isla de Wight (18); y desde allí, bordeando los acantilados y paisajes de la Bretaña francesa, camino del sur cantábrico.

El mismo día de la partida Enrique VIII dio una orden por la que, en caso de muerte o grave enfermedad de Dorset, Thomas Howard le sucedería en el mando en calidad de lugarteniente general (19).

(14) *Idem*, p. 64.

(15) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 689.

(16) EDWARD HALL, *Chronicle*, p. 528.

(17) W. L. CLOWES, *The Royal Navy*, p. 450. Ver también: RAPHAEL HOLINSHED, *Chronicles of England*, III, p. 568.

(18) EDWARD HALL, *Chronicle*, p. 528. Ver también: A. F. POLLAND, *Henry VIII*, p. 45.

(19) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 566.

JUNIO

Fue un viaje rápido, con marejadilla en el mar, en el que las naves llegaron a separarse unas de otras hasta cincuenta kilómetros. Algunas de ellas fueron divisadas por los guardacostas franceses, pero los capitanes de estos últimos subestimaron la cifra total: el 10 de junio informaban al rey Luis XII desde el puerto de Ruán que habían aparecido cerca de Fescamp veinte barcos con destino a Fuenterrabía (1).

Los soldados ingleses se marearon, y sus caras pálidas llenaban las cubiertas de los navíos.

La distancia que separó a unos barcos de otros se debió a la poca atención y al mal comportamiento de los marineros españoles, que se dedicaron a robar las provisiones del ejército mientras la tropa estaba mareada (2).

Por fin, con un viento que les fue continuamente favorable, la mañana del 7 de junio divisaron los costas de Vizcaya, y al atardecer desembarcaron en Bermeo. Allí reposaron aquella noche. Desde esta población escribió William Knight (un eclesiástico de treinta y seis años, embajador de Enrique VIII ante Fernando el Católico, y posteriormente obispo de Bath y Wells) una carta de agradecimiento al monarca aragonés, al tiempo que le anunciaba la llegada de la expedición.

A la mañana siguiente continuaron costeano el litoral vasco hasta llegar a Pasajes (3), cuya estrecha entrada embocaron (4). El mismo William Knight mencionado le describía así al arzobispo Wolsey este momento en una carta que redactó seis días más tarde:

Entramos en La Passage, en Visacaya, y tuvimos momentos de gran peligro, porque todo el estrecho puerto estaba abarrotado de barcos y

(1) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 571. Ver asimismo: ALFRED SPONT, *Letters and Papers relating to the War with France* (1512-1513), p. 20: "Il s'est montré devant Fescamp 20 navires, et dit l'on qu'ilz s'en vont à Fontarabie pour se joindre au roy d'Espagne".

(2) *Idem*, p. 571. Ver también: W. L. CLOWES, *The Royal Navy*, p. 450.

(3) EDWARD HALL, *Chronicle*, p. 528.

(4) El historiador contemporáneo POLIDORUS VERGIL se equivoca a este respecto y hace desembarcar a las tropas inicialmente en Fuenterrabía: "...ascensis nauibus breuiter eo delates parum ultra, in Cantabriam Aquitaniae conterminam quae hodie Viscaia vocitatur, appulit, copiasque exposuit ad appidum maritum illius regionis, quod appellant uulgo Fonteraby et natura loci et opere munitissimum, ibique castra fecit". (*Anglicae Historiae Liber XXV*, edición de 1950, p. 174).

marineros. Había allí un gran navío cargado de artillería y pólvora (5).

Era el día 8 de junio de 1512, o según el calendario inglés el 3 del mismo mes.

Inmediatamente se procedió a la operación de desembarco de los soldados, tiendas, armamentos y provisiones.

La noticia de su llegada a Pasajes le había llegado mientras tanto al hombre que Fernando el Católico había enviado a la costa cantábrica para que los recibiera y permaneciera constantemente junto a ellos durante su estancia en España. En palabras de Jerónimo Zurita, *Don Fadrique de Portugal, Obispo de Sigüenza, que estaba en S. Sebastián por mandado del Rey esperando su venida, para proueer todo lo necessario al exercito y armada Inglesa, fue luego a visitar al General, que era Milori Thomas Grey* (6).

Don Fadrique de Portugal (una persona capaz, según informa el cronista Edward Herbert) (7), les dio la bienvenida, presentó a Dorset una carta de Fernando de Aragón, y le aseguró que el duque de Alba se les uniría en muy breve plazo en aquellos mismos parajes, sumando al contingente británico seis mil soldados de infantería, dos mil quinientos de a caballo, y toda la artillería necesaria para la rápida conquista de Guyena (8).

La noticia alegró mucho a nuestros hombres después del cansancio de aquella larga travesía (9).

El marqués de Dorset estaba preocupado por la inmediata disposición en tierra de sus tropas. Necesitaba al menos un lugar con agua y leña suficiente para el aprovisionamiento diario de sus diez mil soldados. El obispo de Sigüenza le sugirió San Sebastián como sitio más propicio, ya que era la población más importante de todo el litoral, y podrían encontrar en ella las ventajas que no hallarían en las inmediaciones de un pueblo pequeño. Fueron ambos a reconocer el lugar en compañía del intérprete John Rowley; pero dice Zurita que, después de una somera inspección, *no le pareció cómodo lugar para assentar su real fuera de la villa: por ser todo el terreno de arenales* (10).

Probablemente serían saludados por las autoridades y alcaldes de la

(5) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 571.

(6) ZURITA, *Historia del Rey Don Fernando el Católico*, libro X (Zaragoza, 1580), p. 291v.

(7) HERBERT, *The Life and Raigne of King Henry the Eighth*, p. 20.

(8) *Idem*. Ver también: *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 572; y asimismo: POLIDORUS VERGIL, *Anglicae Historiae Liber XXV*, edición de 1950, Camden Third Series, p. 175.

(9) HERBERT, *The Life and Raigne...*, p. 20.

(10) ZURITA, *Historia del Rey Don Fernando el Católico*, libro X, p. 291 v.

capital guipuzcoana, Martín de Ibaizábal y Juan Martínez de Saras-tume, y por el corregidor de Guipúzcoa, Antonio Luzón.

Tras examinar aquella misma tarde otros posibles emplazamientos cercanos, el marqués se decidió por establecer su real entre las villas dede Rentería y Oyarzun, aunque algo más cerca de la primera que de ésta última.

No debía haber árboles en torno al campamento, porque impedían la visión y la posibilidad de prevenir un ataque enemigo; pero tenía que estar situado cerca de un bosque (de donde pudiera cogerse la madera necesaria para las cocinas y hogueras), y en las inmediaciones de una corriente de agua. Debía estar plantado en concreto en terreno algo elevado, pues esto proporcionaba suelo seco para las tiendas y contribuía a la mejor defensa del lugar (11).

Las tropas se trasladaron, pues, a Rentería el día 9, miércoles, y comenzaron los trabajos de instalación y acondicionamiento propios de una milicia del renacimiento (12). Se levantaron las tiendas de los oficiales sobre postes de madera, y se tensaron los vientos que las sujetaban al suelo. Los soldados comenzaron asimismo a construirse chozas y cabañas de ramas, separadamente o por grupos. Dos calles centrales, al igual que en los campamentos romanos, dividían el conjunto en cuatro grandes secciones, las chozas en todo el círculo exterior, las tiendas de los oficiales en el centro. El espacio creado por la unión del *cardo* y del *decumanus* hacía las veces de plaza del mercado y de lugar de reunión.

El embajador William Knight se quedó aquel día en Pasajes junto con el tesorero de la expedición, William Sands, buscando en el puerto al dueño de alguna barcaza que quisiera llevar el tesoro del ejército río arriba hasta Rentería (13). A la mañana siguiente hallaron un marinero dispuesto a hacer el trabajo. El dinero quedó depositado en una casa de Rentería que se había alquilado a sus dueños vascos.

Mientras tanto, y desde el momento mismo en que comenzara a establecerse el campamento, los problemas habían empezado a acumularse. La lluvia caía continuamente. Llovió densa y pesadamente a lo largo de las primeras semanas, hasta el punto de que *engorrababa y dificultaba los movimientos de los soldados, que por la escasez de tiendas que había, se veían obligados a pasar las noches en sus habitáculos de ramas y follaje* (14).

Los aprovisionamientos eran insuficientes, y aunque abundaba la

(11) CRUICKSHANK, *Army Royal*, p. 49.

(12) ZURITA, *Historia del Rey Don Fernando el Católico*, libro X, p. 291 v.

(13) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 689.

(14) HALL, *Chronicle*, p. 528.

carne de buey en salazón transportada desde Inglaterra, comenzaba a escasear la cerveza, y se rumoreó que se terminaría antes de una semana. Los mismos campesinos guipuzcoanos que acudían al campamento para vender allí sus productos en el improvisado mercado que se organizaba en el centro del mismo, sólo contribuían a inquietar el espíritu de los ingleses y a echar por tierra las ilusiones que éstos se habían creado antes de su llegada. Son varios los cronistas que hacen alusión a esta circunstancia. Edward Hall, contemporáneo de los hechos que narra, pone en boca de los campesinos vascos estas palabras:

Señores, han llegado Uds. aquí en la confianza de que el Rey de Aragón les va a proveer de artillería, medios de transporte y suministros, pero nosotros no tenemos noticia de preparativo alguno, ni se nos dijo que nos dispusiéramos para vuestra venida, y la verdad es que nos extraña mucho (15).

Añaden también los historiadores que un día tras otro repetían los guipuzcoanos estas mismas o parecidas palabras en sus conversaciones, lo cual hacía que nuestros hombres se volvieran cabizbajos y pensativos (16).

Tampoco a los habitantes de los alrededores pareció gustarles el cariz que comenzaba a tomar la situación, y llegaron a temer que los ingleses, decepcionados al ver que el monarca aragonés no había cumplido su promesa, se volvieran contra ellos y saquearan sus pueblos.

El marqués de Dorset y sus consejeros comprendieron pronto este peligro, bien porque así se lo hicieran saber las autoridades de las poblaciones más próximas, o porque hubieran llegado a sus oídos las murmuraciones que ya empezaban a surgir entre la tropa: sin dejar a un lado la posibilidad de que aquellos mismos días hubiera habido ya más de un encuentro desagradable entre los ingleses y los habitantes de las cercanías. Lo cierto es que en estas primeras fechas de su estancia en Rentería, Dorset proclamó una enérgica orden (17) amenazando con las máximas penas a cualquier soldado u oficial que injuriase o atacase a la población civil, o a los que atentasen de cualquier manera contra sus propiedades.

Y habiendo sabido el rey de Navarra que un poderoso ejército de soldados ingleses había llegado a Vizcaya y se encontraba cercano a sus fronteras, se sintió turbado y no cesaba de ponderar cuáles podrían ser sus propósitos. Por lo cual envió al marqués de Dorset un obispo y varios caballeros para decirle que, si lo deseaba, podrían serle enviados

(15) *Idem.*

(16) *Idem.*

(17) *Idem.*

viveres desde Navarra, y todo aquello de que tuvieran necesidad, y podrían satisfacerle en todos sus deseos y los de su ejército, a condición de que el reino recibiera garantías de no ser invadido.

Es el cronista contemporáneo Edward Hall quien recapitula esta embajada:

Y el marqués de Dorset, nuestro capitán general, con el aviso y consejo de los otros lores y capitanes, mucho agradeció al Rey de Navarra su buena voluntad y deseos de ayuda; y contestó a los enviados: Puede vuestra gente traer provisiones y mercancías a nuestro campamento, que no sólo se les pagará adecuadamente por ello, sino que se lo defenderá además a la ida y a la vuelta.

El rey de Navarra se alegró al conocer esta respuesta, y ordenó a sus súbditos que acudieran al lugar de los ingleses con alimentos y otras cosas necesarias, con grandes vientos y tormentas, porque hubo en aquellos meses vientos fuertes y lluvias continuas que impedían la actividad de los soldados. Estos dormían sobre la tierra desnuda por las noches, ya que no había tiendas para todos; de lo que unos quedaron impedidos, otros sordos, y otros con diferentes dolencias (18).

Dorset jugó también en aquella ocasión (probablemente en conversación privada con los emisarios navarros) una carta personal, de la que sólo nos queda la pequeña noticia que Fernando el Católico le comunicara meses más tarde a Martín de Mújica. Según palabras del Rey Católico, *apenas habían llegado los ingleses, cuando el general en jefe le habló al obispo de Sigüenza del matrimonio que pensaba concertar con una de las hijas del rey de Navarra. Dijo que este matrimonio facilitaría la conquista de la Guyena, y que ésta era la razón por la que se sentía inclinado a concluirlo (19).*

No hay más detalles que amplíen este dato. Tal vez Dorset pensara secretamente en volver a Inglaterra, después del triunfo en Guyena, emparentado con una de las más antiguas familias reales de Europa. Y es probable asimismo que hubiera alguna negociación en torno a este tema, porque Fernando el Católico se quejó meses más adelante de que *enviados del rey de Navarra acudieron con frecuencia a entrevistarse con el general en jefe inglés, y negociaron con él, sin omitir el hacerle receloso de los españoles (20).*

(El embajador William Knight apreció al momento el valor estratégico de esta situación, y sólo seis días después de haber desembarcado comentaba ya en una de sus cartas que la enemistad del rey de Na-

(18) *Idem*, p. 528-529. Ver también a este propósito: RAPHAEL HOLINSHED, *Chronicles*, (Londres, 1808), III, p. 569.

(19) *Calendar of Letters, etc. Spain*, (Londres, 1866, II, p. 67 (n. 68).

(20) *Idem*.

varra sería peligrosa, porque les obligaría a ser avituallados desde Inglaterra) (21).

Durante estos días iniciales de estancias en las inmediaciones de Rentería llegaron a oídos ingleses las disputas que su arribada a Guipúzcoa había ocasionado entre los habitantes de la Guyena. Se supo, por ejemplo, que había habido una seria controversia entre los ciudadanos de Bayona y el capitán de la guarnición, Mr. Dunesse, a propósito de las defensas con que la ciudad debía proveerse. Algunos se habían acogido ya el reino de Navarra por miedo a una invasión. William Knight escribía el 14 de junio que se contaba en el ducado francés con elementos claramente pro británicos, y cita entre ellos el nombre de cierto señor de Urtobia (22).

Esta es una de las razones —la protección de estas familias simpaticantes— que hicieron pensar a Dorset en la conveniencia de un cambio en el emplazamiento de su real, acercándolo lo más posible a territorio gascón.

Poco tiempo, pues, permanecieron los ingleses en este primer emplazamiento de Rentería. El día 22 de junio se trasladaron todas las tropas a las inmediaciones de Irún (23), desde donde podían ya contemplar las tierras de Aquitania que habían venido a conquistar. Situaron las tiendas y cabañas a trescientos metros de Irún, entre esta ciudad y Fuenterrabía.

La tesorería del ejército fue transportada en carros hasta esta última población en la fecha mencionada, *incluida la reparación del camino entre Rentería y dicha ciudad* (24).

Al día siguiente, 23 de junio, viernes, el dinero quedó depositado en la casa de Thomas Badcock (ver APENDICE I), un comerciante inglés con residencia en Fuenterrabía, y se puso bajo el cuidado de la correspondiente guardia armada, día y noche.

El motivo que ofrecen los cronistas para este cambio de emplazamiento es que la zona de Irún era *más rica en agua y madera* (25), pero es muy probable que el marqués de Dorset quisiera también levantar el ánimo de sus soldados, situándolos a las puertas mismas de Francia, al tiempo que disponía así de una situación inmejorable para averiguar los movimientos del enemigo en aquella región.

Cada día deseaban que llegase la ayuda del rey de Aragón, pero no recibían ninguna (26).

(21) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a p. 572.

(22) *Idem*.

(23) Se equivoca GAIX en la p. 117 de su *Histoire Militaire de Bayonne* al afirmar que el 20 de julio todavía permanecía el campamento inglés junto a Rentería.

(24) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 689.

(25) HALL, *Chronicle*, p. 528.

(26) *Idem*.

Cansado tal vez de esperar, Dorset reunió un consejo en la segunda mitad de junio para decidir qué medidas se debían tomar en aquella situación. Una de las mociones aprobadas fue la de comprar animales de carga suficientes para arrastrar al menos la poca artillería de que disponían y acarrear las provisiones diarias del ejército. Esto les daría más movilidad, y podrían penetrar en Guyena sin necesidad de regresar cada día al campamento en busca de provisiones.

John Style, embajador de Enrique VIII ante Fernando el Católico junto con William Knight, fue el encargado de comprar los animales, que fueron en total setenta y cinco asnos y mulas, y cien bueyes, además de cincuenta yugos para uncirlos. La razón para este número mayor de bueyes es que *había en ellos menos pérdidas, y su alimentación resultaba más económica* (27).

Style reunió todos estos animales en Fuenterrabía, entregándoselos al jefe de los servicios de intendencia, Henry Willoughby. Mejor hubieran hecho ahorrándose aquel gasto, como pronto pudieron comprender:

Compró John Style doscientas mulas y burros, a tal precio que los habitantes del lugar hicieron una abundante ganancia; y cuando llegó la hora de tirar de los carros o de llevar las mercancías sobre sus lomos, ni tiraban ni se movían, porque eran animales que nunca habían sido utilizados para estos menesteres (28).

Los ingleses se encontraron así paralizados a las puertas mismas de Guyena, disponiendo únicamente de una infantería armada con arcos, y dependiendo además para cualquier movimiento estratégico que quisieran emprender de la ayuda que les prestase el rey Católico. Mucho, en verdad, dicen los historiadores que lamentó Dorset la mala condición de aquellas bestias de carga, porque con ellos podría haber entrado por su cuenta en la provincia francesa y haberse aprovechado de la escasa defensa que entonces tenía aquel territorio (29).

Adquirieron asimismo en estas fechas abundante material de guerra, que creían necesario para la inminente invasión del ducado. John Style compró en Rentería, y entregó a continuación al intendente general, dos mil proyectiles de artillería (al precio de 35 maravedís cada uno), más dos moldes de cobre y uno de hierro para la fundición de balas. Había enviado también a un criado suyo a los mercados de Burgos y Medina del Campo para que comprara e hiciera trasladar a Fuenterrabía dos mil quinientos kilos de azufre vivo. El salitre necesario para la elaboración de la pólvora lo envió Fernando a Pasajes, a donde llegó el 4 de agosto: veinte mil kilos procedentes de Nápoles, con

(27) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 617.

(28) HALL, *Chronicle*, p. 528.

(29) *Idem*.

escala en el puerto de Cádiz (30), transportados hasta el puerto guipuzcoano por comerciantes florentinos (31).

Lo más extraño de este cargamento es que Fernando el Católico, al parecer, robó a Enrique VIII con una mano para ayudarle con la otra. El rey inglés había comprado, en efecto, salitre y azufre en Nápoles, y el mercader florentino Giovanni Cavalcanti lo transportaba a Inglaterra en la nave *Santiago*, del alicantino Francisco de Lares, cuando al hacer escala en Cádiz fueron detenidos por los alguaciles del rey, que subieron a bordo y obligaron a Lares y Cavalcanti a dirigirse a Pasajes. Allí desembarcaron el cargamento para el servicio de Dorset. Los capitanes ingleses, naturalmente, agradecieron el inesperado presente y lo recibieron como prueba de los deseos que el monarca aragonés tenía de emprender al momento la campaña francesa; pero Enrique VIII no dejó por esto de enviar a Fernando el Católico la correspondiente reclamación y protesta por aquel suceso (32).

El obispo de Sigüenza, por su parte, seguía prometiéndoles abundancia de carros y transportes en cuanto acudiera a la frontera el ejército del duque de Alba.

Para aquellas fechas, sin embargo, las autoridades de Bayona disponían ya de informes ciertos y concretos sobre las tropas británicas en Guipúzcoa y sus intenciones. Aunque los documentos mencionan el hecho de que en los primeros días de su estancia en territorio español Dorset había recibido la visita de varias comisiones gasconas que se apresuraron a ponerse a su servicio y a acatar obediencia a Enrique VIII (con la bien clara intención de salvaguardar sus posesiones en caso de invasión), la mayor parte de la población, no obstante, se sentía francesa, y se oponía al posible dominio inglés que ya habían padecido en siglos anteriores. Knight, que siempre exagera en sus cartas, escribe el 27 de agosto:

Cuando nuestro capitán general desembarcó en Guipúzcoa, un gran número de hombres influyentes de la vecina región (Guyena) vinieron a él y juraron fidelidad a nuestro rey (33).

Tal era la situación cuando el día 27 de junio una fuerza francesa avanzó hacia el sur y se acercó al Bidasoa con ánimo sin duda de observar la situación y el número de los enemigos, y de presentarles batalla, si había ocasión. Su llegada a la frontera fue inesperada, acaso por ser domingo, y provocó una inmediata reacción en las compañías que se hallaban más cercanas al río.

(30) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 617.

(31) *Idem*, p. 702.

(32) *Idem*, p. 651.

(33) *Idem*, p. 629.

Y sucedió luego, que al mismo tiempo que el exercito de Inglaterra se ponía en orden, los Franceses se acercaron a los confines, con ademan de acometerlos, y dar la batalla: y como los Ingleses estuviessen en gran desseo de llegar con ellos al hecho de armas, buena parte del exercito Ingles, sin aguardar mandamiento de su General, desordenadamente, a veynte y ocho del mes de Iunio passaron el rio de Vidassona, que parte los límites de Guiana y Guipuzcoa (34).

Así cuenta Jerónimo Zurita una de las pocas oportunidades que en aquellos cinco meses de permanencia en tierra vasca tuvieron los británicos de medir sus fuerzas con las de Luis XII de Francia.

El hecho es comentado con pocas diferencias por otros cronistas (35). Raphael Holinshed, por ejemplo, añade que los ingleses dispararon sus arcos en repetidas andanadas contra la caballería enemiga, y ésta reculó al instante, despeándose en el apresuramiento de la retirada muchos caballos, que dieron en tierra con sus jinetes (36).

Con todo, el historiador Edward Hall es algo más explícito que los anteriores y se detiene en detalles que los demás pasan por alto:

Oyendo los franceses de Bayona que nuestros hombres habían situado allí su campamento, se dirigieron hacia el río de Santa María (de Irún)..., y cuando los ingleses se apercibieron de su presencia, cruzaron el río en buen orden de batalla. Iban todos a pie, porque carecían de la caballería que el rey de Aragón les había prometido, pero lanzaron tantas flechas contra los franceses montados a caballo que éstos buyeron, y perdieron muchos caballos en aquella jornada, y otros muchos cayeron heridos. Y así regresaron a Bayona.

De lo cual se reían y lamentaban los ingleses: lo primero al ver su cobardía, y lo segundo, al pensar en lo que podrían haber realizado si hubieran dispuesto de la adecuada caballería (37).

Cuando se corrió por el país vasco aquitano la noticia de la "invasión", la reacción fue rápida: numerosos habitantes de Labourd, de las tierras bañadas por el Adour y quinientos bearneses bajaron en pocos días a Bayona para defender la ciudad (38), conscientes de que esta población sería el primer y más importante objetivo de los intrusos.

Mientras tanto, y con toda celeridad, Bayona estaba siendo fortificada por un maestro arquitecto de origen alemán a quien los documentos contemporáneos denominan *Jorge*. (Este hombre se presentó

(34) *Historia del Rey Don Fernando el Católico*, libro X, p. 294 v.

(35) EDWARD HERBERT (p. 21), y POLIDORUS VERGIL entre otros.

(36) *Chronicles of England, etc.*, vol. III, pág. 569.

(37) HALL, *Chronicle*, p. 528.

(38) GAIX, *Histoire militaire de Bayonne*, p. 116.

medio año después al Rey Católico, mostrándole cómo en tres días podría hacerse dueño de la plaza; pero entonces era ya demasiado tarde, porque los ingleses habían regresado mientras tanto a Inglaterra en el mes de octubre) (39).

Aquella invasión, si así se la puede llamar, no pasó de ser una ligera intentona, sin consecuencias visibles de ninguna clase. Sin caballería ni artillería, poco más podían hacer las tropas de Dorset que lanzar sus flechas contra los franceses, a quienes una prudente distancia les bastaba para esquivarlas. Se imponía, pues, la retirada, en especial si se tiene en cuenta que habían pasado el Bidasoa sin buena parte de su oficialidad, y con manifiesta falta de órdenes (40). Así que, según narra Zurita,

fue necesario, para recoger aquella gente que passo a escaramuçar con los enemigos, porque no recibiesen daño, que passasse de la otra parte el Marques con todo su campo: y aviendolos recogido, bolvióse donde primera estava (41).

Y Edward Hall comenta al mismo respecto:

Y se retiraron después a su campamento con tanto orden que los españoles que los vieron se asombraron mucho, tanto de su valor impetuoso como de su sobria disciplina (42).

Así terminó el mes de junio, primero de su estancia en la provincia guipuzcoana, y acaso el único en que conservaron los británicos sus esperanzas.

A partir de este momento la situación iría poco a poco deteriorándose, hasta acabar, en un estado total de indisciplina e insubordinación, con la partida de todas las tropas de Enrique VIII hacia Inglaterra.

JULIO

El mes comenzó con malos augurios. Desde Fuenterrabía escribió Dorset a Enrique VIII el día 1.º, jueves, para informarle de los nuevos acontecimientos. Había recibido la visita del duque de Nájera, a quien

(39) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.ª, p. 723.

(40) HERBERT, *Life and Raigne of Henry the Eighth*, p. 21.

(41) ZURITA, *Historia del Rey Don Fernando el Católico*, libro X, p. 294 v.

(42) HALL, *Chronicle*, pág. 528.

acompañaban mil caballeros con armaduras de acero (1), y éste le había dicho que si el rey de Navarra dejaba pasar a los españoles por su territorio, muy pronto se efectuaría la unión de tropas inglesas y castellanas para marchar juntas a Bayona; pero que si el soberano navarro se negaba, *le atacarían y aniquilarían en muy pocas jornadas* (2), y se procedería después a la invasión de Guyena.

Fernando el Católico justificaba la necesidad de usar Navarra como vía de paso porque sus tropas y artillería, no podrían nunca cruzar el difícil paso de San Adrián, que divide Alava y Guipúzcoa.

El marqués de Dorset pedía instrucciones en su carta, manifestando que mientras no se le ordenara lo contrario, se abstendría de atacar Navarra directa o indirectamente; por lo que a este reino se refería, pues, estaba dispuesto a mantener, como en efecto lo hizo, la más estricta neutralidad.

Una de los criados del marqués, Vincent, partió aquel mismo día con la misiva (3).

Mientras tanto, las fuerzas de Fernando el Católico, a las órdenes del duque de Alba, acampaban en torno a las murallas de Vitoria, preparadas para una empresa que nadie (salvo los altos mandos) conocía aún en concreto, *aunque la voz era de pasar a Bayona, para conquistar la Guyena con los ingleses* (4).

Al otro lado de las montañas vascas, las primeras sombras comenzaban a caer sobre las tropas británicas. Ya el 8 de julio escribe lord Howard al arzobispo Wolsey hablándole de cómo hacía seis días que el campamento, *que dista una milla de Fuenterrabía y menos de un tiro de flecha de una ciudad llamada Nuestra Señora de Irún* (5), se hallaba en serio peligro, porque se temía con fundamento que hubiera estallado la peste en esta última población. La noche anterior habían sido enterrados cinco muertos por esta causa. En el campamento inglés no había habido ninguno todavía, a excepción de un criado de lord Broke.

Añade el corresponsal:

Más vale que nunca hubiéramos sido enviados sin caballería ni carros a esta inhospitalaria región, en la que los habitantes parecen estimar más una moneda que a todos sus familiares (6).

(1) *Calendar of State Papers and Manuscripts, Venice*, II, (Londres, 1867), p. 72.

(2) *Idem*. Ver también: *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 591.

(3) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 611.

(4) *Crónica del Reino de Navarra*, en *Las Glorias Nacionales*, (Madrid y Barcelona, 1852), p. 581.

(5) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 590.

(6) *Idem*.

Pero la peste y la falta de animales no eran las únicas cosas de que podían quejarse.

El tiempo se perdía en el campamento, y la disciplina se relajaba de día en día. "*Los soldados estaban inactivos*" se convierte así en uno de los leitmotivs más constante de la descripción que Edward Hall, por sólo citar un autor, nos ha dejado de estos meses.

Esta inactividad enervaba a muchos de los capitanes, que buscaban una acción inmediata. Pero Dorset no quería dar ningún paso bajo su propia responsabilidad. Se le había ordenado invadir Guyena conjuntamente con las tropas de Fernando, y mientras ambos ejércitos no se uniesen, no estaba dispuesto a enfrentarse por su cuenta con la empresa.

Cuando en la primera semana de julio varios consejeros, lord Howard entre ellos, lord Ferrers, lord Broke y lord Willoughby, le urgieron para que pidiera pronto nuevas instrucciones a Enrique VIII, Dorset los aquietó unos días dándoles cuenta del viaje y destino de su criado Vincent (7).

Las provisiones dejaban mucho que desear (al menos desde el punto de vista del paladar inglés), a pesar de los esfuerzos del rey navarro por servirles cuanto necesitaban. Escaseaba la carne y la harina para la elaboración diaria de pan, y lord Howard confiesa que se estaba haciendo lo posible por suprimir cualquier consumo superfluo de estos artículos (8).

La disentería comenzó a cebarse día tras día, con inusitada virulencia, en el ejército. Las causas que la ocasionaron pueden ser numerosas, y hay quien acusa a la escasez de tiendas de campaña, que obligaba a casi todos los soldados a permanecer por las noches en la semi-intemperie de sus cabañas de hojarasca. Estas, por otra parte, no eran defensa contra los numerosos chaparrones de aquella estación acentuadamente cálida y lluviosa. Un autor contemporáneo habla de *la lluvia torrencial y el calor sofocante de aquel estío español, que fue en extremo pernicioso para la tropa*.

La escasez de tiendas, por lo demás, era una característica común a todos los ejércitos de la época. Cruickshank anota (*Royal Army*, p. 41 y 42) que estaban reservadas para los oficiales y para el cobijo de los servicios comunes, panadería, depósito de leña, pocilgas, etc. *Los soldados dormían al aire libre o improvisaban una choza con las ramas del árbol más cercano, cubierta acaso con paja, o con hojas, o con un pedazo de lienzo fuerte*. Madera y paja eran dos elementos importantes a la hora de hallar lugar adecuado para cualquier campamento: *la madera se utilizaba para el fuego y las cabañas, la paja para los techos y camas*. Los perezosos preferían dormir bajo los setos y arbustos, antes de hacerse su propio cobijo.

(7) *Idem.*

(8) *Idem.*

No se trataba sólo del clima y los alojamientos. Otros autores acusan al régimen de comidas que llevaban los soldados:

Comián los ingleses muchos ajos, lo ponían en todos los platos, y en aquel caluroso verano bebían vinos fuertes y comían toda clase de fruta que podían conseguir (9).

Lo consecuencia, según los cronistas, no se hizo esperar, y pocos días después comenzaron a ser enterrados en el cementerio de Irún los primeros muertos:

Todo esto hacía que la sangre hirviera en sus vientres, por lo que tres mil hombres cayeron enfermos de disentería aquellos meses, de los cuales murieron mil ochocientos (10).

Las mismas cifras proporciona el historiador Raphael Holinshed, que escribió sus *Crónicas de Inglaterra, Escocia e Irlanda* en 1578.

No había cerveza, y las únicas bebidas que los ingleses pudieron encontrar en la comarca fueron sidra y vino. Ambas son acusadas repetidamente por los documentos contemporáneos como causantes principales de estos fallecimientos. E indirectamente se comprueba también en ellos la poca prudencia con que los soldados bebían grandes cantidades de ambos productos: *Bebían el vino español como si se tratara de cerveza inglesa, y la consecuencia fue que murieron de disentería como moscas en otoño* (11).

Nada se sabía en Inglaterra de todos estos hechos, y acaso se esperaba que para aquellas fechas las tropas británicas hubieran entrado ya en posesión del antiguo patrimonio de los monarcas ingleses. El guardarropa real, por ejemplo, recibió orden a primeros de mes de preparar para el marqués de Dorset un vistoso estandarte de tafetán blanco cruzado en rojo por el emblema de San Jorge (patrono de Inglaterra), y ribeteado de seda blanca y verde; así como una bandera de tafetán verde con la imagen de San Jorge, y otra de idéntico material con el escudo del ducado de Guyena (12).

Los estandartes, no obstante, comenzaban a resultar superfluos.

A principios de agosto John Style escribió una larga carta a Enrique VIII, comenzada en Fuenterrabía y terminada en San Sebastián, en la que le resume todo lo acaecido durante los meses de junio y julio, especialmente en este último. Informa Style de que la salud de los soldados es en general buena, y de que, aunque están continuamente preparados para la guerra, los días pasan sin que se haga movimiento alguno que parezca conducir al cumplimiento de la misión para la que habían venido. Esta visión no hay duda que peca de optimista, y líneas más adelante el mismo corresponsal debe añadir tintas negras más reales a estos suaves trazos iniciales.

(9) HALL, *Chronicle*, p. 529.

(10) *Idem*.

(11) A. F. POLLARD, *Henry VIII* (Londres, 1970), p. 45.

(12) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, 589.

La mayor queja que sale de sus labios es la carestía de los alimentos en Guipúzcoa. Los datos que a este respecto nos proporciona son detallados y minuciosos, y pueden ser de interés para los estudiosos de la economía vasca durante los años iniciales del siglo XVI. Este era, según sus informes, el precio de varios artículos:

- Un pan : un penique.
- Un galón de vino de malvasía : diez peniques.
- Un galón de vino corriente : ocho peniques.
- Un galón de vino de la Rochela : seis peniques.
- Un cordero : tres chelines.
- 14 onzas de carne : un penique.
- Un buey : seis o siete ducados de oro.
- Una fanega de cebada : veintitrés peniques.

Duele pagar tanto, constata el embajador inglés. El mismo nos informa de que el cambio de moneda era de siete maravedís castellanos por cada penique (13).

Con estos precios, los soldados se quedaron pronto sin dinero propio, y no tardaron en comprobar que la paga diaria de seis peniques era insuficiente para cubrir sus necesidades.

William Knight escribe por los mismos días que John Style al arzobispo Wolsey, y después de repetir que los soldados se hallaban inactivos junto a Fuenterrabía, pasa a informarle que parte de ellos se habían amotinado, negándose a seguir en servicio con un salario a todas luces escaso, y jurando que no continuarían ni un día más en filas por menos de ocho peniques (14). Había corrido además la voz de que los oficiales recibían como paga de cada soldado los ocho peniques mencionados, pero que sólo entregaban a éstos seis, quedándose con el resto para su propio beneficio. La culpa de estas murmuraciones la ponen los cronistas en *la mala intención de algunos soldados, en la inactividad de la tropa y en la disentería, que no calmaba su virulencia*.

Varias compañías se rebelaron, incitadas particularmente por los soldados de lord Willoughby. A su encuentro salió la oficialidad con numerosos hombres leales, y rápidamente redujeron a los amotinados. Varios responsables fueron puestos en prisión. Cuenta Edward Hall que *al ver esto, otros tan mal dispuestos como ellos desistieron de su empeño e intentaron disimular; pero el marqués de Dorset, aconsejado por algunos capitanes, ordenó que se iniciase una investigación* (15).

El resultado fue que se encontró un culpable instigador de la rebelión. Después de un rápido consejo de guerra, murió ejecutado aque-

(13) *Idem*, p. 612.

(14) HALL, *Chronicle*, p. 529.

(15) *Idem*, p. 530.

lla misma tarde con el castigo tradicional en el ejército inglés: la horca (16), *con gran terror de todos los demás*.

El malestar dominaba también a la oficialidad y miembros del Consejo. La mutua desconfianza gangrenaba sus relaciones, y se veían precisados a destruir en seguida las cartas que llegaban de la corte inglesa, porque en repetidas ocasiones habían sido subrepticamente leídas por personas a quienes no estaban dirigidas (17). Este dato lo confirman William Knight y John Style.

En Bayona mientras tanto, se proseguía con celeridad en los trabajos de fortificación de la plaza. En su *Historia de la Conquista del Reino de Navarra* Luis Correa anota que el rey de Francia "enfortaleció a Bayona, porque hobo nuevas que alli era la primera jornada (de los ejércitos inglés y español), de muy fuertes reparos e fosados e palizadas. Basteciola, asimismo, de mucha artilleria e gente de guerra, mandando alzar los bastimentos, e recoger los lugares menudos a los grandes".

Los ingleses tuvieron conocimiento de estos hechos por un espía francés que fue sorprendido en el campamento cercano a Irún. Obligado bajo amenazas a hablar, confesó que Charles de Borbón, uno de los mejores estrategas galos de aquel momento, estaba ya camino de Bayona, donde se habían reunido para aquellas fechas de nueve a diez mil soldados, además de seiscientos caballos; se decía también en Bayona que las órdenes del monarca francés eran las de permanecer allí a la defensiva, sin atacar a los británicos, por que éstos *levantarían pronto el campamento y regresarían a su patria* (18). Esta opinión de Luis XII debió extrañar a Dorset y a muchos de sus capitanes: desconocían aún que varios compañeros suyos estaban, al parecer, siendo sobornados con dinero procedente del otro lado de los Pirineos para que instigaran a la tropa a volver a Inglaterra lo antes posible.

Con esta defensa a ultranza de Bayona, capital de la Guyena, quedaba descartado un ataque formal a la villa. Las ideas que aquellos días dominaban a la oficialidad eran las de que urgía reunirse con las tropas españolas del duque de Alba, invadir Guyena, y *dejar aislada Bayona, ya que se encontraba tan fortificada*; la villa caería como una fruta madura cuando toda la región en torno a ella perteneciera, como antaño, a la corona inglesa (19).

Era aquel un momento propicio para los rumores y el espionaje. Además del espía mencionado, sabemos que los ingleses mantuvieron a seis espías en Guyena, a los que debidamente pagaron al finalizar la expedición (20). Igualmente relata John Style —aunque desconecemos

(16) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 618. (Ver también: R. HOLINSHED, *Clonicles*, III, p. 569).

(17) *Idem*, p. 619.

(18) *Idem*, p. 616.

(19) *Idem*, p. 617.

(20) *Idem*, p. 689.

la fuente de su información— que Fernando el Católico mantenía relaciones secretas a través de un sacerdote con los obispos de Bayona y Orthez, y asimismo con el alcalde Bayona, Roger de Grammont, y con una viuda, nuera de este último. Añade John Style: *El sacerdote al que me he referido, al igual que otro individuo, me han prometido prestar grandes servicios a vuestra majestad en esta materia* (24).

Es probable que este sacerdote fuera el prior del Santo Espíritu, iglesia inmediata al paso del monte San Adrián, entre Guipúzcoa y Alava, que en julio de 1512 fue enviado por Fernando el Católico al arzobispo de Burdeos —*más inclinado a Enrique VIII que al rey francés* (22)— y a los obispos de Bayona y Dax, con la misión de tratar de la excomunión papal que caía sobre sus diócesis si seguían aceptando a Luis XII como rey.

(El 21 de este mes el papa Julio II proclamó también la *Gran Excomunión contra los Vizcaínos y Cantabros, hijos obedientes de la Iglesia desde tiempo inmemorial*, que se pusieran de parte del rey francés (23). Sólo podrían ser absueltos *in articulis mortis*).

No hubo por parte de los ingleses ninguna operación militar de relieve en estas semanas. Los soldados seguían ociosos día tras día en el campamento, o bien acudían a Fuenterrabía o Irún, algunos incluso hasta San Sebastián, jugaban, llenaban las tabernas y figones, y piropeaban en mal español a las muchachas que encontraban por las estrechas calles de estas poblaciones guipuzcoanas.

Había, no obstante, frecuentes alertas, cuando al otro lado del Bidasoa divisaban los centinelas a grupos armados que se aproximaban a la frontera con intención de observar al ejército británico. Varias veces durante los meses de julio y agosto ocurrió la misma escena: se advertía la presencia de los galos al otro lado del río, sonaban las trompetas de alerta, y *en cuanto veían que parte de los ingleses se dirigía hacia ellos, al momento iniciaban la fuga. Por lo que casi a diario nuestros arqueros entraban en territorio de Guyena, acercándose casi hasta Bayona, y quemando buen número de pueblos* (24).

Como anécdota secundaria puede consignarse aquí que en una de las pruebas de tiro que aquellos días se habían hecho en Pasajes, la mayor pieza de artillería que habían traído los ingleses, la *Gran Serpentina*, estalló y quedó reducida a un montón de pedazos dispersos, que hirieron a varios soldados. Los restos fueron recogidos, y uno de los soldados alemanes de la expedición se comprometió a fundir de nuevo el metal y hacer un arma mejor (25).

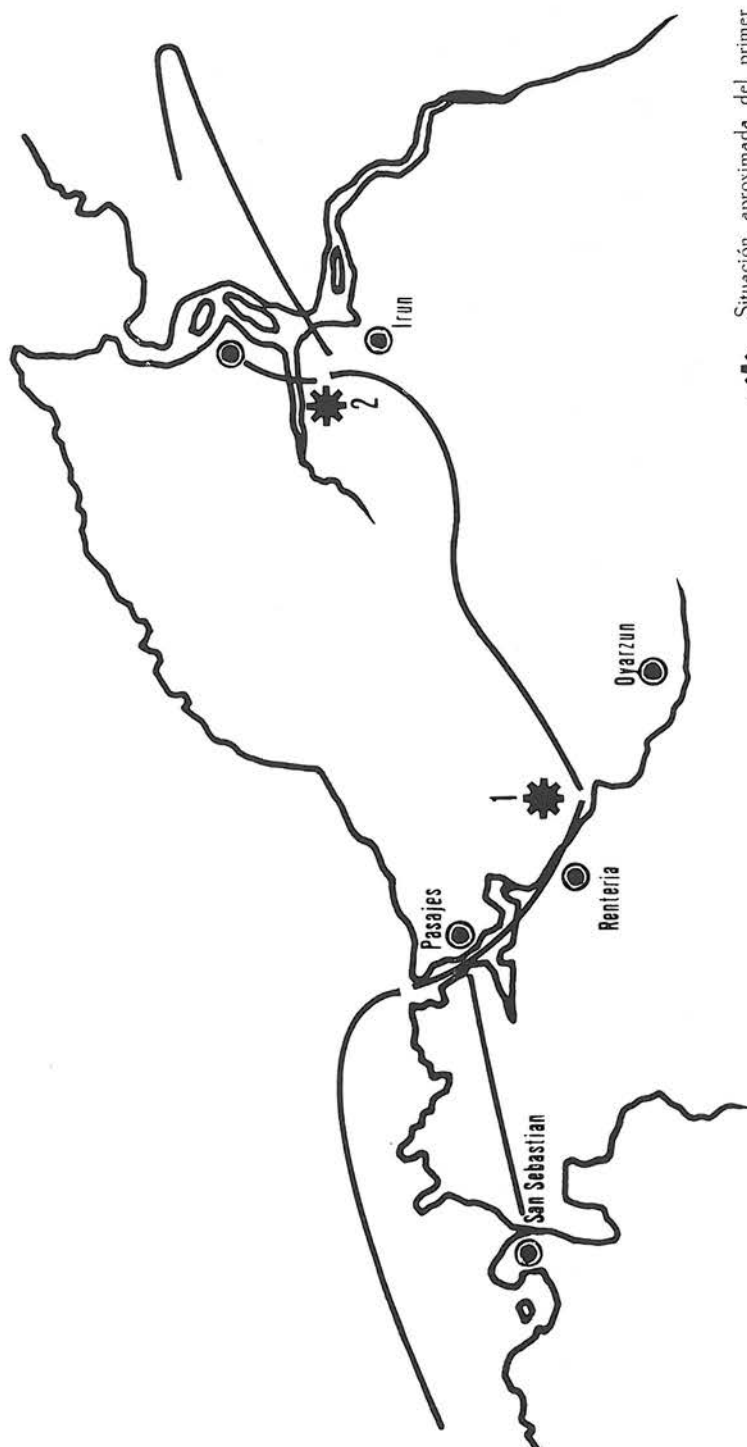
(21) *Idem*, p. 616.

(22) *Idem*, p. 618.

(23) *Idem*, p. 599. Asimismo: *Calendar of Letters, etc. Spain*, II (Londres, 1866) p. 64.

(24) HALL, *Chronicle*, p. 530.

(25) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 617.



1 ★ Situación aproximada del primer campamento inglés.

2 ★ Situación aproximada del segundo campamento inglés.

— Zonas en que se desenvolvieron las tropas inglesas en junio-octubre 1512.

* * *

Mientras tanto los acontecimientos se habían precipitado en Navarra. El ejército del duque de Alba partió de Vitoria el domingo 18 de julio. El 21 cruzaron la frontera y se adentraron en territorio navarro. La familia real huyó de Pamplona y se refugió en el cercano territorio francés del Bearn. El 24 el duque exigió la rendición de la capital, y el día de Santiago, *domingo 25 de julio, a las nueve de la mañana los jurados entregaron las llaves de la ciudad, y una hora más tarde entraban los castellanos, a cuyo frente marchaba el duque de Alba sobre blanco caballo con guarnición de oro... En contraste con el estruendo de trompetas, atabales y otros menestriles que los vencedores hacían sonar, estaba el silencio del pueblo, que no dio una sola demostración de alegría y apluso* (26).

AGOSTO

Los acontecimientos políticos de este mes —si acontecimiento puede llamarse a la total inactividad que envolvía a los ingleses— se inician con dos cartas dirigidas a Dorset por Fernando el Católico y el duque de Alba.

Este último escribió el día 1.º desde Pamplona, acusando recibo de la que Dorset enviara anteriormente, y confesando (tal vez con el deseo de darle ánimos) que hacía ya tiempo que hubiera ido a su encuentro para la común empresa de Guyena, si no fuera por la necesidad de pacificar primero Navarra completamente; cuando esta pacificación se lleve a efecto, se unirá lo antes posible con las tropas del marqués. Y añade tras la firma una posdata en castellano que merece sin duda ser reproducida aquí:

Porque no pyense vuestra señorya que no ay otro Latyno syno vuestro secretaryo os escryuo en Latyn y maldyta la palabra que yo entyendo de quanto a qy va, syno se que soy vuestro servydor y que de-seo estar ya junto con vuestra señorya mas que la vyda y quedo a seruy-cyo de vuestra señorya.

Yo el Duque de Alua (1).

(26) CARLOS CLAVERIA, *Historia del Reino de Navarra* (Pamplona, 1971) p. 315.

(1) Manuscrito en el Museo Británico: Vesp. C. I., folios 76 y 76 v. Ver también: *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.ª, p. 609.

Al día siguiente, 2 de agosto, Fernando de Aragón escribió desde Burgos al marqués de Dorset una carta que aún se conserva manuscrita con letra clara y nítida del secretario Almazán; dice así (2):

Nuestro muy caro y muy amado primo.

Reçebimos vuestra carta que nos truxo richamonte faraute darmas (3) del serenissimo Rey de Inglaterra nuestro muy caro y muy amado fijo, y oymos todo lo que de vuestra parte nos fablo, y quanto a la que-dada vuestra aby con esse exercito por experiencia se vee que fue cosa de dios nuestro señor, porque deessa causa los franceses no han osado entrar en Nauarra, porque desamparando ellos su tierra no entrassedes en ella con esse exercito, y assi las cosas de Nauarra, adios gracias se han fecho mejor como aqui diremos, tambien aproueche mucho para ello la respuesta que distes al mensaiero que vos embiaron en Rey y la Reyna de Nauarra, que ciertamente fue muy buena y sabia respuesta como de vos se esperaua y vos la agradeçemos mucho.

Quanto al no haueros dado parte de las cosas de nauarra despues que nuestro exercito entro en ella no ha sido nuestra la culpa, porque luego que supimos la primera cosa de importancia que alli se fizo, que fue lo de Pamplona, vos la escreuimos con carta nuestra, y despues que supimos que el duque dalua nuestro capitan general tomo assiento con el Rey de nauarra para que nos dexasse aquel Reyno a nuestra voluntad vos lo fezimos saber por otra carta nuestra, las quales letras vos embiamos por via de dicho nuestro capitan general, remitiendonos a mas larga relació suya y diziendo vos que pues dios nró señor hauja abierto el camino para la empresa de Guiayna, que nos parecia que luego se deujan juntar esse exercito y el mio, y con la guia de dios nró señor entrar juntamente en Guiayna por la parte mas fauorable para aquella empresa, y creemos que el dicho nró capitan general haura detenido las dichas nrás letras esperando a ver si el Rey e la Reyna de Nauarra compliran el dicho assiento que fizo con el Rey de Nauarra; la sustancia del es, que toda la empresa causa e negocio el presseguia contra los dichos Rey e Reyna e su Reyno los dichos Rey e Reyna la remiten enteramente a nrá voluntad e dispusicion paraque nos podamos disponer y ordenar, segun mejor nos pareciere, y que aquello se cumplira y terna por los dichos Rey e Reyna sin contrauenymiento alguno, y para seguridad que lo complirian assi, assentaró que entragarian luego al dicho nró capitan general, las fortalezas de San Juan de pie del puerto, y de Maya, las quales el dicho nró capitan general embio a recibir luego, y nos por

(2) Manuscrito en el Museo Británico: Vesp. C. I., folios 77-78 v.

(3) Richamonte faraute darmas = Richmond, heraldo de armas. La carta de Dorset a la que Fernando hace alusión fue escrita por John Style, siguiendo instrucciones del general en jefe y de los lores y Consejo de vuestro ejército. (*Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 613).

virtud de la facultad a nos dada por la dicha capitulacion, y declarando cerca de lo contenido en ella nrô voluntad, hauemos fecho sobrello una declaraciô dela qual vos embiamos copia con la presente, y la hauemos embiado al dicho nrô capitan general, con lo contenido en la qual, cumpliendose aquello se da fin y conclusion en todo lo de nauarra, y quanto al dicho cômplimiento el dicho nrô capitan general, nos escriuijo que tenia por cierto que lo compliria por la misma causa que lo assentarô que fue por no poder hazer otra cosa, que viendo que no pudian retener el Reyno que todo estaua en dispusicion de rendirse no qujsieron mostrar que lo dexauan de su voluntad, porq despues q plaziendo a dios nrô señor nos hayamos aprouechado del para la empresa de Guiayna tengamos mas voluntad de restituirlgelo. Assi que si los dichos Reyes de nauarra complieren luego lo contenido en la dicha capitulaciô no hay mas que fazer en aquello sino que los dichos exercitos entren luego juntamente en guiayna por la parte mas favorable para aquella empresa, y si los dichos Reyes, por auentura no cumplieren el dicho assiento, en tal caso pues es de creer que ya nos seran entregadas las fortalezas de San Juan de pie del puerto y maya, escreuimos al dicho nrô capitan general, que fuesse luego con nrô exercito, a tomar a Lumbierre con el ayuda de dios nrô señor que es el otro puerto de la entrada de aquel Reyno para francia, y que en tomando a Lumbierre si plaze a nrô señor pues ternemos las entradas del dicho Reyno para francia, no cure de ocuparse nj detenerse en las otras cosas del dicho Reyno que nos proueeremos por aqua; lo q cômjene paraq mediante nrô señor se allanê, sino que esse exercito y el nrô entrê juntamente en Guiayna. De manera que en qualquier de los dichos dos casos mediante nrô señor la entrada en Guiayna de ambos los dichos exercitos ha de ser luego, y no tengays en poco que hayamos cobrado lo del Reyno de nauarra en favor de la empresa de Guiayna que nos esramos en dios que la experiencia vos mostrara que sera muy prouechoso para la dicha empresa, y que no se ha fecho en ello pequena jornada, y en una empresa tan ardua, y tan grande, no es de recibir congoxa, porque se preparen los medios q pueden aprouechar para fazerla menos difficultosa, y tened por cierto que nos desseamos tanto ver al dicho Seremo. Rey nrô fijo apoderado de su ducado de Guiayna que no lo puede el mas desear, y q faremos en ello como en negocio nrô propio, segun mas largamente lo hauemos fablado al dicho richamonte al qual vos rogamos dedes entera fe y creencia, y estad alegres vos y essos caualleros que con el ayuda de dios, y con la justicia de la causa nos tenemos por cierto que alcançaremos completa victoria. En burgos a dos de agosto año de mil y quientos y doze.

A pesar, sin embargo, de las promesas que las dos cartas manifiestan, nada práctico se hizo tampoco en este mes, y las tropas inglesas siguieron en la misma situación y condiciones que hasta entonces. La alegría que Fernando les aconsejaba tenía ciertos visos de cinismo al

pasar la vista por entre las tiendas y cabañas del campamento cercano a Irún. El estado médico de las tropas seguía empeorando lentamente, y un promedio de diez muertos diarios era ya considerado por todos como normal e inevitable. Seguía la misma inactividad, los mismos juegos de dados y naipes dentro de las cabañas o bajo los árboles. Incluso el tiempo continuó invariable durante la primera quincena, húmedo y pesado, sembrando el denso calor de aquella estación con fuertes chaparrones inesperados que calaban hasta los huesos a los soldados, dentro o fuera de sus parcos habitáculos.

Tal vez fuera ésta una de las causas de que para primero de agosto los ingleses se quejaron del estado de sus ropas, nuevas y deslustradas de color hacía dos meses, pero ahora *todas gastadas y echadas a perder* (4).

Las provisiones habían mejorado un tanto a lo largo del mes de julio, debido sin duda a la ayuda de los campesinos navarros. John Style escribía el día 5 una carta en cifra a Enrique VIII y en ella le comentaba que, a excepción de los tres o cuatro primeros días siguientes al desembarco, la alimentación había sido en general, y salvo las excepciones que no menciona, tan buena y abundante como podía esperarse en un lugar en que residen tan gran cantidad de soldados (5).

La falta de cerveza, sin embargo, era una pérdida sensible. Cruickshank asegura que la típica alimentación diaria de un soldado inglés en estos años precisos estaba constituida por, al menos, medio kilo de pan, medio de carne, y otro pintas de cerveza, que equivalen a más de tres litros y medio. La cifra no parece que sea excesiva. Un cortesano español que visitó Inglaterra algunos años después aseguraba lo siguiente:

Hay aquí mucha cerveza, y la beben en tales cantidades que bien podría llenarse el río de Valladolid (6).

Cuando la provisión del espumoso líquido traída de las islas desapareció —y desapareció pronto—, no hubo más remedio que asignarles la misma cantidad en bebidas locales, es decir, vino y sidra. Pero a ninguna de ellas estaban acostumbrados:

Lo que más echamos en falta es la cerveza, que hay aquí muy poca; los soldados la beben, y añaden luego abundantes libaciones de vino, lo cual les daña el hígado, pues los fuertes vinos de esta región les queman por dentro; y la sidra les produce náuseas y enfermedades (7).

(4) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 614.

(5) *Idem*, p. 613.

(6) *Idem*.

(7) *Idem*, p. 619.

Tal vez lo que más produjo aquel vino (que sospecho procedente de la Rioja) fueron borracheras, abundantes y colectivas, ya que hubo en estas fechas gran número de riñas, duelos, peleas a espada y puñal, y muertes violentas dentro del mismo campamento. William Knight reconoce que había habido *numerosos asesinatos entre la tropa*.

Por lo demás, la ejecución en la horca del instigador del motín a finales de julio no había cambiado, en absoluto, los ánimos de los revoltosos, que después de algunos días de ahogados murmullos y comentarios en voz baja, volvieron a dejar oír abiertamente sus voces de protesta. Para una fecha tan temprana como el 5 de agosto Knight pudo escribir ya al cardenal Wolsey que había muchas compañías decididas a no permanecer en Guipúzcoa más allá del 29 de septiembre, fiesta de san Miguel. Y aseguraban —según su comentario— preferir la muerte a seguir allí después de esta fecha.

La situación se estaba deteriorando tanto en el campamento británico que el cuadro que Knight ofrece no puede ser más pesimista:

Todo esto proviene de la inactividad. La milicia no hace ninguna clase de ejercicio ni de adiestramiento. Ha habido numerosos asesinatos. Otros muchos han muerto por enfermedad. Algunos han desertado. Todos desprecian y desobedecen las órdenes que reciben, y los ánimos han llegado a tan grado de susceptibilidad que hay incluso miembros del Consejo que no toleran la más mínima sugerencia (8).

El 9 de agosto se fundieron los trozos de la serpentina destrozada el mes anterior. Después de añadir nueve quintales más de cobre a la aleación, el soldado alemán que se había ofrecido voluntario, se dispuso a verterla en el molde, que era, según un testigo presencial, *el mejor que se haya visto hasta ahora* (9). La empresa, sin embargo, no tuvo éxito, y fue preciso dejar aquella masa de bronce en Pasajes, al cuidado de María Pérez de Zabala. Años más tarde el comerciante (y espía) inglés Thomas Badcock intentaría, esta vez con acierto, remodelar con este material otra culebrina para Enrique VIII de Inglaterra (10) (Ver: APENDICE I).

Fue en uno de estos días de mediados de agosto cuando se registró un enfrentamiento serio entre las tropas inglesas y la población civil guipuzcoana, concretamente los habitantes de Irún.

Era común que muchos de los ingleses enfermos convalecieran en las casas de Fuenterrabía o Irún, cuidados por las propias familias de estas dos localidades. Allí encontraban, sin duda, mejor acomodo que en sus cabañas de ramas y hojarasca. Allí reposaban y convalecían, o, en el peor de los casos, morían y eran enterrados en sus cementerios. Esta

(8) *Idem*.

(9) *Idem*, p. 617.

(10) *Idem*, II, parte 2.^a (Londres, 1864) p. 1271.

circunstancia —comentan los cronistas del tiempo— proporcionaba no pocas ventajas, especialmente económicas a los habitantes de las dos villas.

Ocurrió un día, no obstante, por circunstancias que desconocemos, que un irunés hizo uso de *malas palabras* contra un soldado inglés, y éste ni corto ni perezoso le devolvió el insulto cruzándole la cara de una bofetada. La reacción que siguió fue fulminante. Toda la población de Irún tomó el bofetón como una afrenta a la ciudad. Rápidamente acudieron, hombres y mujeres, a la escena del hecho. Tres ingleses que pasaban en aquel momento por allí, enterados del apuro por el que pasaba su compatriota entre aquella airada multitud, se pusieron de su parte y sacaron a relucir las espadas. La batalla campal que siguió apenas si duró un minuto, pero al cabo de este tiempo el inglés ofendido y ofensor apareció muerto y desgarrado en el suelo, mientras que sus tres compañeros escapaban sangrando por varias heridas.

Una compañía de soldados alemanes estaba acampada a las puertas mismas de la villa, y cuando llegaron a ellos los tres malheridos combatientes y contaron su versión de los hechos, los germanos hicieron sonar las trompetas de peligro, y al escucharse éstas en el campamento inglés, todos se armaron y dispusieron en un instante para un supuesto ataque de los franceses, arcos y flechas a la espalda y alabardas enarboladas.

Pocos momentos después llegaba al centro del campamento la noticia de lo ocurrido, aumentada sin duda por cada una de las bocas que la habían transmitido: que los habitantes de Irún habían asesinado a varios ingleses y que presentaban batalla.

Cuenta Edward Hall que, al oír esto, *los soldados ingleses corrieron llenos de furor hasta la ciudad, de modo que sus capitanes y oficiales no pudieron detenerlos, y allí robaron, saquearon y mataron sin piedad a sus habitantes* (11).

Muchos iruneses, que previeron con tiempo lo que se avecinaba, cruzaron asustadamente el Bidasoa en los primeros botes que hallaron, y buscaron refugio momentáneo en el cercano territorio francés.

Los oficiales ingleses esperaron el regreso de sus soldados. Poco después aparecían éstos, llevando en hatos improvisados, en sacos y entre los brazos todo lo que habían podido coger en las casas de la población. Se les ordenó que depositasen todos los objetos en la plaza central del campamento, donde los miembros del Consejo aparecían reunidos y silenciosos. Las protestas iniciales de los soldados ante esta orden quedaron pronto acalladas por la resuelta actitud de sus jefes, y allí quedaron amontonados cobertores de camas, objetos de bronce y latón, plata, alfombras, dinero, y una amplia variedad de utensilios y muebles caseros, entre los cuales podía verse más de una cama completa.

(11) HALL, *Chronicle*, p. 531.

Varios capitanes acudieron a continuación a Irún para observar el daño causado por la soldadesca, y hallaron a muchos vizcaínos muertos, y la población saqueada, y vieron que los habitantes habían buído (12).

A su regreso, el marqués de Dorset repitió en presencia de todas las tropas que se entregara, bajo pena de muerte, todo lo que había sido robado en Irún. Faltaron, no obstante, veinte soldados y un capitán, que habían huído hacia Francia con un botín de diez mil ducados, sin duda una gran fortuna en aquella época. Dorset ordenó que un destacamento armado saliera en seguida en su persecución, y que los trajera, vivos o muertos, al campamento.

No habían transcurrido aún dos horas cuando aparecieron los veintiún convictos detenidos. Allí mismo se improvisó un consejo de guerra sumarísimo. El tribunal militar les condenó por unanimidad a muerte, bajo los cargos de pillaje, asesinato y desertión.

Siete fueron ejecutados aquella misma tarde, y los otros catorce hubieran muerto igualmente a la mañana siguiente de no haber sido porque asistieron al juicio varios caballeros españoles que, con su esfuerzo y diligencia, consiguieron de los jefes ingleses el perdón de los culpables (13).

Hall termina la narración de este incidente con esta frase:

Y así fue como se devolvió a Irún todo lo saqueado, y retornó la paz a la región (14).

Poco tardaron en llegar a oídos franceses estos disturbios ocurridos entre los soldados y la población civil, y tal vez imaginaron que el ejército inglés se había convertido en presa fácil de sorprender. Lo cierto es que a mediados de agosto salió de Bayona un fuerte contingente de tropas con dirección al Bidasoa. Los espías que Dorset tenía destacados en la Guyena obraron con rapidez y le informaron a tiempo del avance de estas tropas galas.

Como consecuencia de este aviso, el ejército británico cruzó por segunda vez el río y se adentró en Francia varios kilómetros. Allí se los encontraron por sorpresa las tropas que descendían de Bayona. Los dos ejércitos se detuvieron, contemplándose en la distancia. Pero cuando los ingleses hicieron amago de seguir adelante, con la intención evidente de presentarles batalla, los gascones volvieron la espalda y apresuradamente iniciaron el camino de regreso.

No podían creer los ingleses aquella patente muestra de cobardía

(12) *Idem.*

(13) *Idem.*

(14) *Idem.*

que mostraban los enemigos. Era cierto que sus arcos podían causar grandes estragos en las filas francesas, pero los ingleses carecían de caballería y artillería, cosas ambas de que disponían sus contrincantes. Siguiéron, pues, adentrándose en Guyena en pos de los destacamentos de Bayona. Así avanzaron hasta San Juan de Luz, villa que en pocos momentos tomaron al asalto, incendiaron y pillaron. Muchos de sus habitantes murieron a manos de los ingleses aquella jornada.

Y después atacaron y destruyeron varios pueblos más, todos ellos en la frontera sur de la Guyena (15).

No prosiguió Dorset adelante por miedo a quedar atrapado completamente en territorio francés, que acaso ésta era la intención de las tropas que perseguía. La falta de caballería limitaba sus movimientos y le impedía arriesgarse. Así que no tuvo más remedio que regresar cuanto antes a Guipúzcoa.

Comentando esta expedición, que a todos les había levantado ligeramente los ánimos, escribía William Knight el 27 de agosto:

No ha estado dormido nuestro ejército, sino que ha quemado y destruido todo a su paso por Guyena, hasta las puertas mismas de Bayona, en especial las propiedades de aquellos que rehusaban jurar lealtad a nuestro rey (Enrique VIII) (16).

Y seguía a continuación la nota optimista:

Espero poder contar en una próxima carta alguna gran victoria contra los enemigos de la Iglesia.

Las nuevas de esta incursión no llegaron a la corte londinense hasta un mes más tarde. En una carta privada del 27 de septiembre hallamos el siguiente comentario: *Hoy hemos sabido que nuestros asuntos en Aquitania van por buen camino, y que nuestro capitán general ha devastado y quemado toda la región inmediata a Bayona (17).*

Era un eco manifiesto de la misiva de William Knight, pero las esperanzas de éste no se realizaron. No habría ninguna gran victoria. Tampoco ninguna pequeña victoria, porque la realidad de las semanas siguientes demostró que las acciones militares de los ingleses terminaron definitivamente con aquella breve incursión en territorio vasco francés. La ineficacia de sus esfuerzos quedó plenamente demostrada en esta ocasión, y todos pudieron comprender —oficiales y soldados— que

(15) *Idem.*

(16) *Letters and Papers, Henry VIII, I, parte 1.ª, p. 629.*

(17) *Idem, p. 642.*

aquel ejército nunca llegaría a conquista la Guyena sin caballos ni artillería.

El paso que dieron a continuación es hasta cierto punto lógico.

En las jornadas finales de agosto se decidió el regreso de todas las tropas a Inglaterra. El día 28 de este mes se reunieron los miembros del consejo y allí se determinó que William Knight y William Kingston partieran enseguida hacia Londres para explicar al monarca británico los motivos de su vuelta. Varios miembros, entre ellos William Sands, el tesorero, se opusieron a esta designación. Sands acusó al arzobispo Wolsey de ser la causa de las desgracias que estaban ocurriendo, y se opuso al mismo tiempo a que Knight fuera uno de los mensajeros, por conocer la amistad que le unía al purpurado inglés. El y otros varios capitanes temían que su informe les fuera perjudicial. El temor no era del todo infundado: con fecha del 4 de octubre Knight escribió al cardenal dándole cuenta de estas discusiones y de los oficiales que estaban en contra y favor.

Se aprobó, sin embargo, finalmente su nombramiento como enviados del consejo, y así embarcaron en San Sebastián, con mar alta y borrascosa, el 31 de agosto. Para gastos de viaje, pago de los marineros guipuzcoanos, vituallas y alquiler de la nave, el tesorero Sands les asignó 45 libras esterlinas (18).

Dos días antes, el 29 de agosto, Sands había hecho trasladar los cofres del dinero desde la casa de Thomas Badcock a la de otro comerciante inglés también vecindado en Fuenterrabía, de nombre Peter Savan (19).

SEPTIEMBRE

La noticia de la marcha de los ingleses le llegó inmediatamente a Fernando el Católico, que en aquellos días se encontraba en Logroño. Con fecha del 1.º de este mes el monarca aragonés escribía al Gran Dux de Venecia comunicándole, entre otras materias, que el ejército británico había decidido ya regresar a su patria, sin efectuar la prevista unión con las fuerzas españolas (1).

(Con esta misma fecha el duque de Alba salió de Pamplona camino de Burguete, cerca de Roncesvalles, a donde llegó el día 3, viernes).

El rey Católico no hizo nada, sin embargo, por detener a Dorset,

(18) *Idem*, p. 689. Fernando de Aragón mandó también dos mensajeros a Enrique VIII, Martín de Ampies y Juan de Sepúlveda.

(19) *Idem*, p. 689.

(1) *Calendar of State Papers and Manuscripts, Venice* (1867) p. 79.

y apenas si simuló levemente seguir interesado en la conquista de Guyena. Sus deseos respecto a Navarra se habían cumplido, y lo cierto era que el territorio francés no le interesaba directamente. Había utilizado a los ingleses para su propósito particular, y ahora que su misión estaba cumplida, podían partir cuando lo desearan. Tal vez cuanto antes mejor.

El día 6 de septiembre, después de una fuerte marejada que había durado una semana, William Knight y William Kingston se vieron obligados a regresar a San Sebastián en busca de refugio contra el oleaje. Knight se había mareado hasta caer enfermo, y el agua de mar que había inundado todas las dependencias del barco, había también echado a perder la mayor parte de las provisiones (2).

Tras desembarcar, lo primero que les comunicaron fue que en su ausencia habían llegado cartas de Enrique VIII para el Consejo y para ellos mismos; así que se encaminaron hacia el campamento inglés cercano a Irún, para encontrarse allí con una desagradable sorpresa: había, en efecto, dos cartas para Knight (una del monarca inglés y otra del cardenal Wolsey), pero ambas estaban abiertas y habían sido leídas por el resto de los miembros del Consejo, que desconfiaban de él y que probablemente le creían ya muy cerca de las costas inglesas (3).

A pesar de que Fernando el Católico había ya comunicado como definitiva la partida de las fuerzas de Dorset, a primeros de septiembre —quién sabe si en un último intento de mantenerlos en España— escribió a Dorset por medio del obispo de Sigüenza, sugiriéndole que sin tardanza se uniesen a las tropas castellanas para proceder ya a la conquista de Guyena, operación militar que (en opinión del monarca aragonés) se presentaba como una victoria segura (4).

Dorset contestó al momento el día 7, asegurando a Fernando que, en efecto, levantaría el campamento el lunes día 13 y se uniría en el Bearn con las tropas del duque de Alba lo antes posible. Le recordaba también que debía enviarle carros y animales de carga para los transportes del ejército, además de un buen número de soldados a caballo y varios guías.

Es muy probable que el marqués de Dorset creyera de buena fe que todas las protestas, disgustos, y deseos de regresar a Inglaterra, se desvanecerían en el aire ante la noticia de una inmediata acción bélica, rápida y victoriosa. Pero en esto se equivocó completamente, como los hechos vinieron a demostrar pocos días más tarde.

Por otra parte, todos los indicios tienden a confirmar la idea de que la carta del día 7 la escribió a título personal, sin consultar con el

(2) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, (Londres, 1920) p. 650.

(3) *Idem*.

(4) *Calendar of Letters, Despatches and State Papers, Spain*, II (Londres, 1866) p. 65.

resto del Consejo. Esta circunstancia llevó a una situación delicada en los días inmediatos.

El viernes día 10, el duque de Alba se hallaba ya en San Juan de Pie de Puerto (5), y en la misma fecha llegó al campamento inglés un destacamento de caballería española enviada por él, al mando de los capitanes Luis de la Cueva y Lope Sánchez de Calenzuela (6). Estos traían consigo cuatrocientos caballos que el duque de Alba ponía a disposición de los ingleses.

La llegada de estos enviados causó no poca sorpresa en las tiendas y cabañas de los soldados británicos. Los dos capitanes españoles eran portadores de un despacho para Dorset, en el que se le notificaba que el ejército de Fernando esperaba al inglés en San Juan de Pie de Puerto, para proceder juntos desde allí a la conquista de Guyena.

La noticia era importante, y para muchos imprevista, y los diez miembros del Consejo hubieron de reunirse de nuevo con carácter urgente, esta vez en Rentería, donde entonces acampaba la compañía de Lord Broke. Pero escuchemos lo que a este propósito escribió Luis Correa, contemporáneo de los hechos:

El Duque (de Alba), como todavía tuviese puestos los ojos en Bayona, como aquel que deseaba gozar de su triunfo deliberando de illa a cercar; pues que impedimento no tenía mas que de cada día tenía nuevas que más se enfortalecía, embió a llamar a los ingleses, que pues el camino estaba desembarazado, venidos ellos se irían a Bayona. Bien pensaba el Duque que juntos estos dos ejércitos, siendo el campo de los ingleses ocho mil arqueros y seiscientos alemanes piqueros y escopeteros, se irían fasta Burdeos sin resistencia ninguna; y por cierto el pensamiento del Duque hobiera efecto si los ingleses se acordaran de la gloria de su nombre. E porque padecían inopia de caballo, embioles... cuatrocientos caballos ligeros, porque si los franceses quisiesen con su gente de caballo embarazalles el camino, no pudiesen (7).

Pero aquel consejo celebrado en Rentería fue de nuevo tumultuoso.

Mientras los miembros discutían en presencia de los dos capitanes españoles recién llegados, encerrados todos en la tienda de lord Broke, los soldados de este último esperaban fuera impacientes el resultado de las deliberaciones.

Knight habló contra el abandono de la empresa de Guyena, porque sería motivo de que todos cayeran en desgracia ante Enrique VIII, al obrar en materia tan importante sin órdenes positivas suyas. Lord Howard era de la misma opinión. Manifestó que si se quedaba en Guipúz-

(5) GAIX, *Histoire militaire de Bayonne*, p. 117.

(6) CORREA, *Historia de la Conquista del Reino de Navarra*, p. 101.

(7) *Idem*.

coa una sola compañía, él permanecería con ella y pasaría allí el invierno; y aseguró ante los demás consejeros que prefería morir en aquella tierra por el honor de su rey, del reino y de sí mismo, antes que regresar a Inglaterra con vergüenza y deshonor, contrariando además las instrucciones de su monarca (8).

La balanza de las opiniones parecía inclinarse esta vez en favor de la permanencia en la provincia durante el resto del invierno, para continuar las operaciones en la siguiente primavera. O para intentar la unión inmediata con las tropas del Duque de Alba y proceder después sin dilación aquel mismo otoño a la toma de Bayona y de San Juan de Luz, las dos principales poblaciones de Guyena: esta doble captura les aseguraría el control parcial de toda la región hasta que comenzasen nuevamente las operaciones en marzo o abril de 1513.

Pero en este momento de las deliberaciones uno de los miembros del Consejo *salió ocultamente de la tienda*, e informó a los soldados que formaban las compañías de lord Broke del cariz que tomaban las decisiones en el interior. Los soldados comprendieron que si no hacían algo por su parte, pocos días pasarían antes de estar camino de San Juan de Pie de Puerto para sumarse a los españoles que allí les esperaban. Su decisión de regresar a Inglaterra era más fuerte que la de sus capitanes, y a ellos les importaba menos la opinión del rey, por lo que, cuando se les notificó la presión que ejercían los partidarios de prolongar la estancia, *los soldados organizaron un gran tumulto* (9), y amenazaron de muerte a Knight, Howard y a todos los partidarios de quedarse en España o en Guyena.

Knight se asustó, y a comienzos de octubre le confiesa en una carta al cardenal Wolsey que el ejército estaba dominado por una carencia total de orden y disciplina, que el rey estaba siendo muy mal servido por muchos de sus súbditos y capitanes, y que tanto él como otros muchos se veían obligados a actuar con gran disimulo y cuidado para no ponerse temerariamente en peligro. *La falta de disciplina —dice— es tan absoluta que en cualquier momento podemos ser aplastados por los soldados.*

Vista la indignación de éstos, los gritos y las amenazas que profesaban, el Consejo decidió últimamente que se efectuase el regreso lo antes posible, y que Knight y William Kingston volvieran a embarcarse para llevar la noticia a Enrique VIII.

Luis Correa resume por su parte esta movida reunión con las palabras siguientes:

Llegados a los ingleses, hallaronlos tan discordes que por ningunas razones los pudieron mover de su alojamiento, o real, por mucha discordia: eran de diversos pareceres; unos, que era muy tarde y el tiempo

(8) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 651.

(9) *Idem.*

muy contrario con las muchas aguas; a los otros, el deseo de sus casas incitaba a que embarcasen, y que venida la primavera darian la vuelta; y todos, mostrando flaqueza en sus dichos y en sus fechos, deliberaron de embarcar (10).

Volvió, pues, el destacamento español a los cuarteles generales del duque de Alba con las manos vacías, y le dieron cuenta de la respuesta de los ingleses.

A pesar de las buenas promesas que Dorset hiciera a Fernando el Católico aquella misma semana, tuvo que escribirle de nuevo el día 11, rectificando las anteriores noticias y anunciándole ya la partida definitiva. La carta, aunque contenía las ideas de Dorset y de sus capitanes, fue escrita por el obispo de Sigüenza a instancias del propio general (11). Decía en ella que los ingleses estaban dispuestos a quedarse en Guipúzcoa o Guyena no más allá de veinticinco días, y le pedía al mismo tiempo que le proporcionara los barcos necesarios para su regreso a Inglaterra (12), porque el ejército se hallaba tan determinado a partir, que si no encontraban naves eran capaces de ir por tierra a través de Francia (13).

Nada podía hacer Fernando el Católico, al parecer, y en consecuencia contestó a Dorset que autorizaría en seguida la salida de navíos cantábricos para su transporte (14). En octubre comunicaría el rey aragonés a su embajador extraordinario, Martín de Mújica, que aquella muestra de inconstancia y de falta a la palabra dada le había dejado atónito y ofendido: los planes de los ingleses habían variado diametralmente en cuatro días. No podía entenderlo (15).

En cuanto a los veinticinco días más que, como mucho, podrían las tropas permanecer en Guipúzcoa, *los ingleses se desplazaban tan lentamente*, que esas tres semanas y media apenas si bastarían para la ida y la vuelta.

Lo cierto es que, como consecuencia de esta reunión, cayó sobre los británicos la sospecha de que regresaban a su país empujados más por el dinero con que les habían sobornado los franceses que por cualquier otro motivo. Esta idea la sugiere ya el mismo Luis Correa cuando escribe:

Mas la verdad, que cosa no esconde, corrompidos de los tesoros galicos hicieron este viaje no acordándose, y poco se curando, de su anti-güedad en las armas y de su potencia (16).

(10) CORREA, o. c., p. 101-102.

(11) *Calendar of Letters, etc., Spain*, II, p. 77.

(12) *Idem*, p. 73.

(13) *Idem*, p. 66.

(14) *Idem*, p. 73.

(15) *Calendar of Letters, etc., Spain*, II, p. 66.

(16) CORREA, o. c., p. 102.

No es Correa el único autor que menciona esta sospecha. A oídos del propio Fernando el Católico llegaron estos rumores, y de ellos se hace eco en unas líneas a Martín de Mújica: asegura en ellas que hay muchos españoles que sospechan, e incluso quien está firmemente convencido, de que algunos capitanes ingleses mantenían contactos secretos con los franceses. Añade el monarca aragonés que él se resistía a dar crédito a tales rumores (17).

Partieron, pues, una vez más los dos enviados del Consejo, William Kingston y William Knight, pero una nueva tormenta los sorprendió pocas horas después de salir de San Sebastián, y tuvieron que regresar a puerto.

Esta segunda experiencia fue ya demasiado para William Knight, que se mareaba nada más poner el pie en la cubierta de un barco, por lo que decidió que el mar no estaba hecho para él. Sus fuerzas para intentar un tercer viaje flaquearon, y comunicó a Dorset su firme decisión de quedarse en tierra, *ya que no podía soportar el mar* (18); se quedaría hasta el próximo verano en la Corte de Fernando el Católico, ante el que estaba representado como embajador, y entonces tal vez intentase el regreso a las Islas Británicas con mares más encalmados (19).

Decidido ya el regreso, comenzaron a acelerarse los preparativos del viaje.

El día 17 de septiembre William Sands envió a sir Guyot de Hule a Bilbao (20) y a otros puertos vizcaínos y guipuzcoanos para que procurase alquilar al menos cincuenta barcos para el traslado de las tropas. Guyot partió al momento por mar desde Pasajes, acompañado de varios hombres que le ayudarían en las transacciones, y probablemente también del intérprete oficial de la expedición, o de algún otro soldado que hablase ambos idiomas, español e inglés. Con la autorización concedida por Fernando el Católico, Dorset encargó a Sands que contratara cierto número de barcos, de pilotos, patronos, marineros y demás personas necesarias para su tripulación; Sands delegó esta misión en sir Guyot. Cuando se hizo el recuento de los hombres del ejército, se estimó que al menos eran necesarias cincuenta y una naves (21).

Sands solicitó también permiso para proceder a la compra de avituallamientos, entre ellos la cantidad de vino suficiente para la ración diaria de cada hombre. Pocos días más tarde compró cuatrocientos cuarenta y un odres, destinados por su parte a guardar el agua potable. El precio de cada recipiente fue de 112 maravedís (22).

El sábado 18 de septiembre se encargó a William FitzWilliam, uno

(17) *Calendar of Letters, etc., Spain, II*, p. 67.

(18) *Letters and Papers, Henry VIII, I*, parte 1.^a, p. 651.

(19) Permaneció en Valladolid hasta junio de 1513.

(20) *Letters and Papers, Henry VIII, I*, parte 1.^a, pp. 187 y 658.

(21) *Idem*, p. 689.

(22) *Idem*.

de los capitanes, que partiera del campamento con un pequeño grupo de sus hombres en busca de los numerosos soldados ingleses que habían desertado durante aquellos meses (23), y que les invitara a regresar a Inglaterra con el resto del Ejército, sin que temieran por las represalias: no habría ninguna. FitzWilliam no tuvo mucho éxito en su gestión, ya que un buen número de soldados prefirió seguir en las provincias vascas, donde habían hallado ya, o les parecía que podrían encontrar en el futuro, una vida más agradable que la que habían llevado hasta entonces en su país (24).

Dorset y los capitanes de la expedición eran conscientes de un nuevo peligro que se cernía sobre ellos: desde el momento en que, de modo definitivo, se anunció el regreso, la poca disciplina que se había mantenido hasta aquellos días podía fácilmente llegar a desaparecer con la esperanza de un pronto licenciamiento, y por la seguridad que tenían las tropas de que ninguno de sus actos sería en lo sucesivo castigado con severidad. Uno de los puntos por los que primero se temió fue la tesorería del ejército, que el 18 de septiembre fue trasladada con celeridad desde la casa del mercader inglés residente en Fuenterrabía hasta un barco de nombre *Trinidad*, que a partir de entonces se mantuvo apartado del muelle.

Todas las precauciones eran pocas, y el obispo de Sigüenza y John Style designaron un destacamento de soldados de confianza que permaneciera día y noche a bordo y guardase el navío contra cualquier intento de abordaje. William Sands pagó también a seis marineros para que se ocupasen del cuidado del mismo. Estos seis hombres de Fuenterrabía permanecieron dos meses con los ingleses, acompañándolos a su regreso a las Islas Británicas (25).

Fue en uno de estos días finales de septiembre cuando, voluntaria o involuntariamente (esto nunca lo sabremos), otro barco en que iban varios soldados ingleses colisionó en el mismo puerto con el que guardaba el dinero y le abrió una vía de agua. Por la reparación de los desperfectos ocasionados el tesorero Sands hubo de pagar 15.456 maravedís, una suma bastante elevada (26).

El tiempo había mejorado considerablemente durante las dos últimas semanas del mes, y habría de mantenerse seco y soleado al menos hasta finales de año. Fue un otoño agradable, del que John Style comentaba el 29 de diciembre:

Hemos tenido aquí sin interrupción desde el 14 de septiembre el tiempo más bueno y agradable que se haya visto nunca (27).

(23) *Idem*, pp. 687 y 689.

(24) Underhill, p. 62.

(25) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 689.

(26) *Idem*.

(27) *Idem*, p. 703.

OCTUBRE

Así continuó el ejército inglés hasta el mes de octubre, y el frío del invierno comenzó a dejarse sentir (1).

A primeros de mes la enfermedad que diezmaba a los soldados hizo una nueva víctima, esta vez de importancia: el marqués de Dorset. Su estado llegó a ser tan crítico que lord Thomas Howard, lugarteniente general hasta aquel momento, se vio obligado a asumir el mando, según había sido previsto por la orden que diera Enrique VIII el 21 de mayo.

Los historiadores echan la culpa de esta enfermedad a la mala alimentación que todos soportaban, y a los continuos disgustos que el comportamiento de sus tropas le habían ocasionado. Fue atendido por el doctor Fernando López de Escoriaza, un guipuzcoano residente en Vitoria, que años más tarde sería médico de los monarcas británicos y de Carlos V (2).

Pocos días llevaba aún lord Howard en su nuevo cargo cuando recibió la visita de varios miembros del consejo privado de Fernando el Católico, enviados por éste para discutir la situación de los ingleses. El cronista Edward Hall nos transmite así la alocución que dirigieron a lord Howard y al resto de los consejeros:

Señores,

El rey nuestro señor os envía palabra de que gustosamente acudiría con sus tropas a vuestro encuentro. Pero ha pasado ya la estación propicia, y los caminos se hallan en tan malas condiciones que los carros no pueden avanzar por ellos; no hay cosechas en los campos, y los animales no tienen con qué alimentarse. El tiempo, en fin, es tan malo que los soldados no pueden permanecer siquiera en sus tiendas de campaña.

Os ruega, por tanto, que toméis en consideración todas estas cosas, y que levantéis vuestro campamento y distribuyáis vuestras compañías entre las diversas villas y pueblos de la comarca hasta que lluegue la primavera. Para entonces habrán desembarcado ya nuevos refuerzos de Inglaterra, y el mismo rey se unirá a vosotros con toda la artillería que un ejército tan importante precisa, y entonces se procederá sin demora a la realización de la empresa de Guyena, para honra del rey vuestro señor y de vuestra propia fama y nombradía (3).

(1) HALL, p. 531.

(2) *Letters and Papers, Henry VIII*, II, parte 1.^a (Londres, 1864) p. 196.

(3) HALL, p. 531.

Estas palabras fueron pronunciadas ante los diez miembros del Consejo, y debemos suponer que John Rowley, el intérprete de la expedición, estuvo presente en aquella entrevista para verterlas cuidadosamente al inglés.

Pero los ánimos estaban ya tan decididos, tanto entre los oficiales como entre la tropa (particularmente en ésta) que las palabras de los enviados del Rey Católico no satisficieron a ninguno de los miembros del Consejo.

Tras una breve deliberación, lord Howard tomó la palabra y ordenó a John Rowley que tradujera a los mensajeros españoles lo siguiente:

¿Cómo vamos a poder hablar nosotros del honor y la palabra del rey de Aragón, vuestro señor, si después de haber acudido a esta provincia por deseo suyo y de haber permanecido largo tiempo a la expectativa en el campamento, anhelando siempre que se cumplieran sus promesas, nada ha hecho en definitiva de cuanto prometió? (4).

Un gran silencio siguió a esta pregunta. La voz de lord Howard continuó resumiendo lo que habían sido aquellos últimos meses:

Nuestros hombres han perecido en gran número a causa de la disentería. No hemos conocido sino la inactividad, que todos los aquí presentes lamentamos; inactividad debida al deseo de vuestro señor, y que no ha ocasionado sino desgracias, e incluso muertes, causadas unas por la enfermedad, y otras por la ejecución en el patíbulo de varios malhechores que antes de venir aquí eran hombres honestos.

¿Cómo vamos a explicar ante nuestro rey lo que aparentemente no ha sido sino pereza nuestra a lo largo de todos estos meses, en los que hemos gastado grandes cantidades de dinero sin haber ganado absolutamente nada?

Estáramos dispuestos a lanzarnos ahora mismo a la guerra, pero a condición de que fuese ahora, en estos precisos meses de invierno. Pero está bien claro que el rey de Aragón, vuestro señor, no está dispuesto a proporcionarnos los suministros, artillería y transportes que prometió.

Y en cambio pretende que nos comportemos como cobardes, y que para deshonor nuestro levantemos las tiendas sin haber hecho ni un solo acto meritorio contra los franceses, que fue en definitiva el único motivo por el que vinimos aquí (5).

Palabras sorprendentemente duras, que recogen todo el malestar que en oficiales y soldados se había ido incubando a lo largo de aquel verano ahora ya terminado, y que no dejaron de amilanar a los enviados de

(4) *Idem.*

(5) *Idem.*, pp. 531-532.

Fernando el Católico. Eran preguntas sin respuesta, y demandas que carecían de contestación. Los delegados permanecieron unos segundos en silencio. Podían disculpar la conducta de su monarca, pero no justificarla, porque la razón parecía estar de parte de los ingleses. Así que se limitaron a decir que lo ocurrido en tiempo pasado no podía ya remediarse; que su labor no había sido enteramente ineficaz, porque la zona fronteriza de Guyena había recibido grandes daños, difíciles de reparar; que eran los franceses los que habían rehusado entablar batalla con ellos, lo cual no significaba pérdida alguna de estimación y honor para los ingleses, sino al contrario, para sus enemigos; y que si continuaban adentrándose día tras día en tierra francesa durante los próximos meses de invierno, podrían causarles aún mayores daños.

Añadieron los delegados, para terminar su parlamento, que Fernando el Católico había ordenado que durante este período invernal se les concediera todo cuanto pidiesen, y repitieron que el monarca estaba dispuesto a unirse a ellos en la empresa de primavera, para que el enemigo conociera así la fuerza unida de los dos ejércitos y supiera por experiencia que los enemigos del rey inglés lo eran asimismo del monarca de Aragón (6).

La posición del consejo no varió con estas últimas propuestas, así que los enviados españoles se marcharon con sus buenas palabras (7).

Aquella fue la última tentativa que Fernando el Católico hiciera por retenerlos. En párrafos de Jerónimo Zurita, *Luego que el Rey supo que los Ingleses alcançan la mano de aqlla empresa por el yuerno, acordo que su exercito se boluisse: pues se tuuo consideración, que si la guerra se auia de hazer en Francia, la vna parte del exercito fuesse de España, y la otra de Inglaterra. Quando se entendio que no auia orden para que el exercito Ingles se detuuiesse, y que cada dia se encendian mas en ira contra los Españoles de la misma tierra, fue el Rey contento, por la instancia grande que el Marques su general hizo, de dar les licencia que se fuessen: y mandoles dar nauios en q se embarcassen* (8).

Los preparativos finales comenzaron a acelerarse a partir de aquel momento. Tras un nuevo Consejo para ultimar los detalles de la partida, así como la fecha, que tuvo lugar en el campamento cercano a Irún bajo la presidencia de lord Howard, se determinó que las tropas se dividieran en cuatro partes, cada una de ellas mandada respectivamente por el marqués de Dorset, Lord Howard, lord Willoughby y William Sands. Para facilitar su embarque y evitar los inconvenientes de su amontonamiento en un solo puerto, se acordó también que cada

(6) *Idem*, p. 532.

(7) *Idem*.

(8) ZURITA, *Historia de D. Fernando el Católico* (Zaragoza, 1580) libro X, p. 317 v.

uno de estos capitanes se haría a la mar en un puerto guipuzcoano distinto.

Se levantó, pues, el campamento, y se destruyeron las chozas y cabañas de ramas y lona que habían albergado aquellos meses a los soldados. El marqués de Dorset, que seguía con fiebre alta, se encaminó con sus compañías a San Sebastián, donde podía ser mejor atendido que en cualquier otra población cercana. Lord Howard dirigió sus tropas a Rentería, lord Willoughby a Guetaria, y William Sands permaneció en Fuenterrabia con las suyas (9).

Con fecha del 14 de octubre se trasladó el tesoro de la expedición desde esta última villa hasta Rentería por tierra, siguiendo el mismo camino que hicieran en sentido inverso cinco meses antes (10). Este transporte se hizo en dos carros tirados por cuatro caballos. Desde Rentería el tesoro fue llevado río abajo en una barcaza hasta el puerto de Pasajes.

Había también que deshacerse de muchas de las cosas que habían comprado en España durante su estancia, y que ahora se tornaban inservibles, o bien ocupaban demasiado espacio como para ser transportadas por mar a Inglaterra. Así, por ejemplo, muchas de las mulas y bueyes, que quedaron confiados al tesorero de la expedición para que las vendiera a los aldeanos de los alrededores al mejor precio que pudiera conseguir. Véase a este propósito las líneas que John Style escribió dos meses más tarde a Enrique VIII desde Logroño, el 13 de diciembre:

Con respecto a todo lo que al partir vuestro ejército me dejaron aquí confiado, no he vendido nada todavía, y su mantenimiento resulta bastante costoso. Los hombres de sir Henry Willoughby cuidaron muy mal de las mulas y bueyes, y su condición era tal cuando estos animales me fueron entregados que valían menos que muertos (11).

Lo mismo vuelve a repetir tres días más tarde en una nueva misiva: tras narrar los ataques realizados por los franceses en aquellos dos meses contra Irún, Oyarzun, Rentería, Hernani, y el asalto de San Sebastián, añade:

Después de todo lo cual, regresaron a Francia el 19 o 20 de dicho mes con abundante botín..., y destruyeron y quemaron muchas de las provisiones del Rey vuestro padre (Fernando el Católico) en la ciudad de Rentería, trigo, cebada y vino, así como treinta y un barricas de miel pertenecientes a vuestra majestad. Nada he vendido hasta ahora de cuanto me dejó aquí el tesorero William Sands, o sir Henry Willoughby, porque el trigo está ahora muy barato en esta región. Y en cuanto a las mulas y bueyes, los habían cuidado tan mal que ciertamente valían muy poco cuando me los confiaron, y algunos animales incluso ha-

(9) HALL, p. 532.

(10) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 689.

(11) *Idem*, p. 697.

bían muerto antes de que el ejército de vuestra majestad partiera de estas tierras (12).

Del territorio francés llegaban mientras tanto noticias que no habían sino confirmar a los partidarios de la marcha en lo acertado de su idea. Se supo que fuerzas muy numerosas estaban acudiendo de toda Francia para defender aquel territorio, y para intentar la posible reconquista de Navarra. Los mejores capitanes franceses se hallaban ya en la provincia: Charles de Bourbon, Jacques de Chabannes, el duque de Longueville, Lautrec, e incluso había llegado, a pesar de su mala salud, el delfín de Francia, futuro Francisco I, que aquellos precisos días pasaba ya revista a las tropas bajo sus órdenes (13).

El día 19 de octubre sir Guyot de Hule presentó a Dorset la lista completa de los cincuenta y un barcos alquilados para el transporte de las tropas a Inglaterra. Dorset y los miembros del Consejo confirmaron las gestiones de Guyot, y en la misma fecha ordenaron en documento pertinente (firmado por el capitán general, Howard, Willoughby, Maurice Berkeley y Walter Devereux) que se efectuara el primer pago a los patrones guipuzcoanos y vizcaínos (14).

Al día siguiente, 20 de octubre, se efectuó este pago inicial, que ascendió a 100 libras, de las 579 que costó toda la operación de transporte (15). Y asimismo se pagó a sir Guyot veinticinco esterlinas por los gastos que a él y a sus acompañantes les habían ocasionado aquellas gestiones desde el 17 de septiembre, momento en que se les había encargado el alquiler de los navíos.

También el 20 de octubre el inspector de las tropas, Edward Hatcliff, compró en Pasajes a tres mercaderes de la localidad (Martín de Vera, Nicolás Lussura y otro no mencionado) el vino de malvasía necesario para el consumo durante las jornadas de regreso. Los tres documentos de compra se conservan todavía, fechados en Pasajes el 20 de octubre. El coste del vino fue de 67 libras esterlinas.

La provisión de pan estaba también preparada.

Seguro, pues, Fernando el Católico de que los ingleses no cambiarían ya su decisión, determinó enviar a Enrique VIII su propia versión de los hechos y de las circunstancias que habían empujado a los capitanes británicos a renunciar a la empresa de Guyena. Escogió para esta misión a Martín de Mújica, a quien encargó que partiera al mismo tiempo que las naves de Dorset, pero que hiciera lo posible por presentarse ante Catalina de Aragón y Enrique VIII antes que los capitanes ingleses, para que les informara con tiempo del juicio que al monarca aragonés le habían merecido.

(12) *Idem*, p. 699.

(13) HACKETT, F., *Francis the First*, p. 110.

(14) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 658.

(15) *Idem*, pp. 687 y 689.

Mújica llegó a Guetaria a mediados de octubre, cuando tanto este puerto como los otros tres designados para el embarque estaban viendo los últimos preparativos de la partida. Una de las primeras diligencias que hizo al llegar al pequeño puerto guipuzcoano fue la de escribir al obispo de Sigüenza para que le informase de los últimos acontecimientos. Pocos días después, la víspera precisamente de la salida, este prelado le envió a Fernando López de Escoriaza, su médico, para comunicarle que todos los barcos se harían a la vela al día siguiente. A través de este galeno (que iba a desempeñar un papel tan importante pocos años después en la corte londinense) le aconsejó también que no se fiara mucho de los ingleses, ya que éstos sospechaban el motivo de su misión, y que procurara mantenerse apartado de ellos durante la travesía.

Todo se hallaba, pues, dispuesto, y ultimados los preparativos para la marcha, cuando inesperadamente llegó al campamento inglés Martín de Ampies con cartas de Enrique VIII para Dorset y el Consejo. Les ordenaba en ellas que permanecieran en su actual situación hasta la llegada de la primavera, al tiempo que les prometía nuevos refuerzos bajo el mando de su chamberlán, lord Herbert.

La reacción que la llegada de este mensajero produjo entre los soldados, ya preparados para el embarque, queda así resumida en la crónica de Edward Hall:

Los soldados ingleses, sea por enfermedad, o por nostalgia de su patria, deseaban regresar cuanto antes a Inglaterra. El monarca británico, avisado por el de Aragón de sus propósitos y de los deseos que tenía de empezar en la próxima primavera la campaña de Guyena, envió un mensajero a las tropas que se encontraban en Guipúzcoa con órdenes de que continuaran allí.

Cuando se conoció el contenido de esta carta, los soldados empezaron a murmurar y protestar, y decían entre sí que no estaban dispuestos a seguir muriendo de disentería en una región tan perniciosa como aquella, ni querían que el rey de Aragón continuara defraudándolos y riéndose de ellos un año más.

Eran tan violentas sus palabras que los oficiales no pudieron contenerlos, y es bien seguro que en su furia habrían asesinado a lord Howard y a otros muchos capitanes, si no hubieran aceptado éstos su parecer (16).

Por fin, y después de tantos avatares, al amanecer del domingo 24 de octubre de 1512 las naves vascas cargadas de soldados ingleses partieron a velas hinchadas de los puertos cantábricos citados: Fuenterrabía, Pasajes, San Sebastián y Guetaria. Así salía de España la más importante y numerosa expedición militar británica en la península hasta los días de Napoleón.

(16) HALL, *Chronicle*, p. 532.

En la guarnición de San Sebastián quedó, ahora ya al servicio de Fernando el Católico, el capitán alemán Guyot de Guy, con apenas cuarenta o cincuenta de sus hombres. El resto regresó a Inglaterra.

(Estos alemanes permanecieron hasta finales de diciembre en la capital guipuzcoana, donde, no se sabe por qué causas, *el corregidor de la provincia y los habitantes de la ciudad los tuvieron en gran sospecha, y no los trataron bien* (17). Al contrario, los mantuvieron encarcelados a todos ellos y a un fraile inglés de Woodstock (18), y no fueron puestos en libertad hasta que Fernando el Católico ordenó que acudiesen a Logroño, donde el monarca tenía en aquel momento su corte).

La condición del marqués de Dorset se había agravado considerablemente durante los últimos días. Hall afirma que cuando sus soldados le subieron a la nave capitana, *estaba tan enfermo que no hacía sino preguntar dónde se encontraba* (19).

En otra nave española viajaba también con ellos el enviado especial del monarca aragonés, Martín de Mújica, quien pocos días más tarde informaría al rey de las incidencias del viaje (20). Su navío *no saludó a ninguno de los otros barcos que con él iban, y se mantuvo toda la travesía a cierta distancia de la nave capitana*, según el consejo que le diera Fernando López de Escoriaza (21), temiendo acaso que pudieran atacarle o robarle sus cartas, ya que sospechaban la naturaleza de su misión en Inglaterra.

Después de un viaje con viento continuamente favorable, que sólo se vio interrumpido por la breve persecución y captura de dos barcos franceses que tuvieron la mala fortuna de topar con los numerosos navíos hispanos (22), llegaron finalmente sanos y salvos, aunque con muchos soldados mareados, a la vista de la costa británica el 28 de octubre, jueves (23). Pocas horas más tarde avistaron el puerto de Falmouth, en el extremo oeste de la península de Cornualles. El tiempo era malo y en las últimas horas se había formado una fuerte borrasca en el mar. El barco que llevaba a Mújica intentó entrar en el puerto al atardecer de este jueves, *pero las olas lo llevaron de un lado para otro* (24). No

(17) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 694.

(18) *Idem*, p. 699.

(19) HALL, *Chronicle*, p. 532.

(20) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 677.

(21) *Idem*, p. 677. (Asimismo: *Calendar of Letters, etc. Spain*, II, p. 75).

(22) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 675.

(23) El cronista HERBERT, en su *Vida y Reinado de Enrique VIII* se equivoca con respecto a la fecha de llegada de estas tropas a Inglaterra. Dice: "*At last the Generalls were constrain'd to embark themselves and come home (about the end of November) to England*". El mismo error comete Edward Hall, quien afirma: *Then every man was shipped, whiche was in November, and in the beginning of December they landed in Englande* (p. 532).

(24) *Calendar of Letters, etc., Spain*, II, p. 75.

tuvo más remedio que esperar en el mar a que el tiempo se encalmara. Al amanecer del día siguiente, sin embargo, continuaba la misma situación, y como Mújica tenía prisa por llegar a Londres antes que el resto de los capitanes, hizo que su navío se acercara todo lo posible a la línea de la costa, y desde allí ganó tierra en un pequeño bote, *entre una montaña y el cabo de Inglaterra* (25). Alquiló poco después en la población más cercana un servicio de caballos, y comenzó el largo viaje de 425 kilómetros hasta Londres. (No llegó a la capital británica hasta el 6 de noviembre, haciendo una jornada diaria de, aproximadamente, cincuenta kilómetros).

NOVIEMBRE

Cuando Mújica llegó a la capital británica halló todas las puertas cerradas. El embajador español, a quien debía consultar en primer lugar, estaba en Southampton, a más de tres días de camino. El rey se encontraba cazando en uno de sus cotos particulares, y hubiera sido temerario interrumpir sus ocios con asuntos de estado. La reina Catalina de Aragón, a quien se le comunicó que Mújica traía cartas de su padre Fernando, le envió recado escrito para que esperase, porque no sería protocolario tener audiencia con ella sin haberse primero entrevistado con Enrique VIII. Pero Catalina le añadía en esta nota que el rey estaba al corriente de *la vergonzosa conducta de los ingleses en Guipúzcoa* y que se hallaba muy indignado por su vuelta (1), de la que pronto habrían de rendirle cuentas.

El día 15 regresó el embajador español, Luis de Caroz, y ambos prepararon cuidadosamente durante cuatro días los informes que Mújica traía y las respuestas y acusaciones que habrían de ofrecer en su entrevista con Enrique VIII.

Mientras tanto iban llegando a Londres muchos de los soldados desembarcados en Cornualles y toda la oficialidad. Y el viernes 19 fue la fecha fijada para que los jefes de la expedición se presentaran ante su monarca.

Cuenta Mújica que aquel día acudieron Luis de Caroz y él al palacio, y fueron guiados a través de varios corredores y de una capilla hasta la amplia sala del trono, en la que hallaron reunidos *al rey, a sus consejeros, y a un gran número de hombres ilustres y miembros del Parlamento*. El monarca dominaba el centro de aquel tribunal, sentado en su sitio de brocado, bajo un dosel escarlata. Junto a él, en pie, el ar-

(25) *Idem*.

(1) *Calendar of Letters, etc., Spain, I* (Londres, 1866) p. 76.

zobispo de York, futuro cardenal Wolsey, y el resto de los consejeros y asistentes, entre ellos Caroz y Mújica, desplegados en semicírculo a ambos lados de Enrique VIII.

En los pasillos inmediatos conversaban en grupos con voces quedas los capitanes de la fracasada expedición. Todos menos Dorset, que seguía enfermo.

A una señal del Rey, las puertas de la sala del trono se abrieron y entraron despacio y silenciosos *lord Howard, lord Ferrers, lord Willoughby, uno de los hermanos del marqués de Dorset, el tesorero Sands y otros muchos capitanes* (2).

Enrique pasaba revista con ojos inquisidores a aquellos rostros. Allí estaba lo mejor de su ejército; con ellos había pensado crear un nuevo imperio; a ellos les había confiado esperanzadamente la primera de sus empresas bélicas; pero lo único que ahora podían ofrecerle era una retirada cubierta de vergüenza, de la que Luis XII de Francia estaría ciertamente satisfecho. Enrique VIII había dicho que no quería dirigirles la palabra, porque no eran dignos de ella.

Wolsey, a quien muchos de aquellos capitanes habían acusado con duras palabras mientras se encontraban en los campamentos de Rentería e Irún, les ordenó que se arrodillaran, y ante el silencio general de todos los presentes les recordó la misión a que habían sido enviados, y les preguntó qué razones alegaban para justificar su regreso, cuando claramente se les había ordenado que permaneciesen en la costa cantábrica y que se unieran a las tropas de Fernando el Católico. Mújica, que no sabía su lengua, recuerda que el arzobispo *les preguntó estas cosas en inglés* (3).

Después de unos breves momentos de silencio, lord Howard, teniente general de la expedición y jefe de ella durante las últimas semanas, contestó de rodillas que había tres importantes razones que les habían movido a regresar a su país.

En primer lugar, la gran escasez de alimentos: después de la conquista de Navarra por el duque de Alba, los campesinos de este reino habían cesado de proporcionarles muchas de las provisiones que les vendían durante las primeras semanas, debido al mal tiempo y a los problemas interiores de su tierra. La carne y la cerveza se habían agotado, y la mala alimentación había causado cientos de muertes entre la tropa, e incluso entre la oficialidad.

En segundo lugar, los soldados se habían amotinado repetidamente. A pesar de que al menos ocho de ellos habían sido ajusticiados por esta causa, la indisciplina había llegado a tales extremos que los oficiales no podían seguir controlando la conducta de sus hombres. Muchos habían desertado. Y el resto hubiera reaccionado del modo más peligro-

(2) *Idem*, p. 77.

(3) *Idem*.

so, asesinando a sus capitanes, como habían jurado en público que harían si no se les embarcaba pronto para Inglaterra, o bien volviéndose contra las poblaciones guipuzcoanas que se hallaban más próximas al campamento, cosa que, en efecto, había ocurrido en una ocasión.

Por último lord Howard cargó toda la responsabilidad de lo ocurrido sobre el marqués de Dorset, respondiendo a las acusaciones del arzobispo Wolsey con la disculpa de que la oficialidad no había hecho otra cosa sino obedecer al pie de la letra las órdenes de su capitán general.

Esta última parte de la defensa estaba, sin duda, bien pensada, y habría sido sugerida por el propio marqués, confiando acaso en la amistad de Enrique VIII, que bastaría para perdonarle los errores de aquella empresa.

Wolsey siguió haciéndoles preguntas, pero después de contestar algunas de ellas, lord Howard pidió que, si merecían castigo por las faltas cometidas en su deber, al menos se les permitiera ponerse en pie mientras se investigaba su actuación. Aquel fue el final de la audiencia. Enrique VIII se levantó, habló un momento en voz baja con Wolsey, y salió de la sala. Wolsey les comunicó entonces que el rey estaba decidido a saber toda la verdad, y que hablaría con Dorset cuando éste se encontrara repuesto. Todos los culpables serían severamente castigados. Y en cuanto a los capitanes, ninguno quedaba autorizado a abandonar la corte sin permiso del soberano.

Aunque el mismo rey había ido traduciendo al latín, para beneficio de Luis Carroz y Martín de Mújica, las respuestas de lord Howard, la súbita marcha del monarca había dejado confundidos a todos los asistentes, especialmente a los dos delegados españoles, que no habían tenido tiempo de proferir una sola palabra. Mújica, que tal vez no se fiaba demasiado de la versión de Enrique VIII, preguntó en latín a varios consejeros cuáles habían sido las respuestas de los oficiales, y todos le dieron las mismas interpretaciones. Posteriormente habló en francés con cinco personas más que habían asistido a aquella reunión, y los cinco coincidieron en idéntica apreciación.

Como tampoco había podido hacer uso de los originales de las cartas que Dorset había enviado a Fernando durante aquellos cinco meses, y de las instrucciones escritas que el monarca aragonés le confiara, Mújica hizo que algunos de estos consejeros las leyeran antes de abandonar el salón del trono, para que hablaran de ello a Enrique en cuanto tuviesen ocasión.

Leyeron dos o tres veces el párrafo que habla del matrimonio del

(4) *Idem.*

(5) *Idem.*

marqués con la hija del rey de Navarra, y todos ellos condenaron la idea (5).

A pesar de que estos miembros del Consejo Real admitieron ante Carroz y Mújica que los ingleses, y especialmente el marqués, habían cometido grandes equivocaciones en aquella empresa (6), comprometiendo su honor personal y el de su patria, nada de hecho les ocurrió a ninguno de ellos, ni sufrieron represalias. El rey se olvidó pronto del asunto, y comenzó a pensar en un próximo ataque a Luis XII, en el que él mismo tomaría parte y guiaría a sus tropas.

En cuanto a Dorset, después de unas primeras semanas de aparente frialdad por parte de Enrique VIII, pronto se vio de nuevo disfrutando de su amistad y confianza. En la primavera del año siguiente formó parte del séquito real en la nueva expedición francesa y se distinguió en el sitio de Tournay. En octubre del mismo año, Enrique lo envió como comisionado inglés para la firma del tratado de Lille. Y dos años más tarde, en mayo de 1516, era nombrado caballero de la orden de la Jarretera, uno de los mayores honores del reino.

CONCLUSION

Pocas líneas más son suficientes para dar remate a la narración de estos hechos, que, como puede apreciarse en el apéndice IV (*Los juicios de la historia*), merecieron unánimemente el calificativo de desastrosos: Enrique VIII no consiguió en su primera campaña sino desprestigio internacional y dudas acerca de las cualidades militares de sus oficiales y soldados. Y esto incluso entre su aliado más próximo, Fernando de Aragón.

La opinión que, como consecuencia de esta estancia británica en Guipúzcoa, le merecieron los ingleses al rey Católico queda resumida en las siguientes frases, extractadas de sus cartas e instrucciones:

Los ingleses... temían las dificultades de la guerra, y deseaban regresar a su país y descansar allí en paz.

Su ejército es incapaz de actuar en común con el de otra nación, y su conducta ha demostrado que no se puede confiar en ellos. Cambian a menudo de opinión, y aunque no rompan sus promesas, nunca se sabe con certeza si las van a cumplir o no.

Son temerarios y pependieros, y como las gentes de Vizcaya y

(6) *Idem*, pp. 77-78.

Guipúzcoa no siempre se gobiernan por la razón, aborrecen a los ingleses por razón de algunos excesos que éstos cometieron con ellos durante su permanencia en España.

Puede, de todas las maneras, que hubiera otros motivos por los que el rey de Aragón, e incluso muchos guipuzcoanos, sintieran la pronta partida de los británicos; motivos que Edward Hall recoge en el último párrafo que dedica a la historia de la expedición:

El rey Católico sintió mucho su marcha, porque consumían y gastaban abundante dinero en su país, y dijo abiertamente que si hubieran continuado en Guipúzcoa, se habría llegado a invadir Guyena. Pero los ingleses estuvieron contentos de abandonar aquella región, en la que, sin salud ni satisfacción alguna, no habían hecho otra cosa sino perder el tiempo.

Lo cierto es que su presencia en aquella provincia significó para el monarca aragonés la conquista de Navarra, y para los ingleses el gasto de tanto dinero como Fernando el Católico enviara a Inglaterra para la dote de su hija Catalina.

En resumen: casi dos mil muertos, un número semejante de desertores y un gasto exacto de 46.630 libras esterlinas. Todo en vano.

APENDICE I

THOMAS BADCOCK: UN COMERCIANTE Y AGENTE POLITICO INGLÉS EN RENTERIA

A comienzos del siglo XVI el comercio vasco-británico estaba ya bien establecido, con intercambio de abundantes productos. Mercaderes guipuzcoanos, vizcaínos, y hasta alaveses, vivían y traficaban en los puertos de Inglaterra (Francisco de Errona, por ejemplo, fue un continuo proveedor de pólvora para los ejércitos de Enrique VIII), mientras que, a su vez, los británicos se habían asentado en varias poblaciones costera cantábricas: Fuenterrabía, Rentería, San Sebastián, Bilbao, etc. En esta última villa eran numerosos los comerciantes ingleses que habitaban en 1527, entre ellos Nicholas Wilford, John Shaa y Thomas Travers. De Nicholas Wilford sabemos que era *un comerciante solvente e importante*.

En 1512 había dos ingleses residiendo en Fuenterrabía: Peter Savan y Thomas Badcock.

La breve historia de este último que queda resumida en las líneas siguientes puede servir para ilustrar las actividades de otros muchos comerciantes extranjeros en el País Vasco en aquella misma época. Sin tanta suerte, tal vez, como Badcock, sus nombres se han desvanecido hoy en el anonimato del tiempo.

Thomas Badcock permaneció vecindado en Guipúzcoa al menos veinticinco años (desde 1512 a 1537), residiendo sucesivamente en Fuenterrabía y Rentería, y dedicado allí al comercio y a una ayuda continua a los intereses políticos de Enrique VIII de Inglaterra. Era natural de Bristol, pero supo acomodarse tan perfectamente a las costumbres de su país de adopción que él mismo pudo confesar años más tarde que su hijo no sabía otra lengua sino el castellano (1).

Las primeras noticias que hacen referencia a su persona pertenecen al viernes, 23 de junio de 1512: los libros de cuentas de la expedición militar de Dorset señalan que el tesoro del ejército permaneció custodiado en su casa de Fuenterrabía desde esa fecha hasta el 29 de agosto (2).

Nada más sabemos de él hasta 1516. En este año hizo un viaje a Inglaterra para resolver varios asuntos pendientes en su ciudad natal. Desde allí acudió a la corte de Windsor, visitó a Enrique VIII,

(1) Underhill, 156.

(2) *Letters and Papers, Henry VIII*, I, parte 1.^a, p. 689.

y en esta entrevista el monarca británico le encomendó la construcción en España de una culebrina de bronce para su ejército. Badcock aprovechó su visita a la corte para conseguir de la cancellería real un permiso de exportación, presumiblemente hacia los puertos guipuzcoanos, de once mil quinientos kilos de trigo, alubias y guisantes (3).

Cuando regresó a España en la primavera de 1517, se dispuso a realizar el encargo recibido. En mayo recogió de casa de María Pérez de Zabala, en Pasajes, los trozos descompuestos de otra culebrina que había querido hacerse en 1512, cuando estaba allí el ejército de Dorset, fracasándose entonces en el intento. Los materiales estaban ya semienterrados, y Badcock hubo de pagar a varias mujeres para que cavaran la tierra y los sacaran de allí. Después los trasladó en un pinaza hasta Fuenterrabía por mar.

Una vez allí contrató a un maestro genovés, fundidor real, llamado Jacobo Lerreuci de Palma, al que pagó sesenta ducados de oro por su trabajo. A continuación compró varios artículos: cobre, estaño, un pesado carromato, cuerdas fuertes (vendidas estas últimas por Machín de Astigarrieta), etc.

Desde el puerto de Fuenterrabía hizo que varios hombres trasladasen todos estos pesados materiales hasta una ferrería, donde por fin se procedió a la fundición del metal. Quedan todavía las cuentas del pan y vino que Badcock compró para estos hombres, así como el pan, vino y cerezas que ofreció a los leñadores que le cortaron la madera para el fuego, y de la sidra para las mujeres que acarreaban el combustible hasta la forja.

Cuando el metal estuvo fundido se le echó encima salvado, y así se vertió el líquido humeante en un molde que previamente se había preparado en tierra, y dejaron que se solidificase. Después de una hora varios hombres levantaron del suelo el arma, procediéndose inmediatamente a la lima de las desigualdades y rebabas del metal. También a ellos les proporcionó Badcock pan y vino durante su trabajo. *Después se procedió a sacar el corazón del cañón, a horadarlo, y el ferrón Savadin de Huarte fue quien hizo los barrenos.*

Lista ya el arma, Badcock compró cera para labrar los relieves, entre ellos el escudo de armas de Enrique VIII.

Por fin, a principios de julio de 1517 contrató a media docena de hombres y mujeres (con la acostumbrada provisión de pan y vino) para que trasladasen la culebrina desde la ferrería hasta lo alto del castillo de Fuenterrabía, desde donde se hicieron tres disparos hacia el mar, que resultaron todos satisfactorios. El maestro genovés estaba contento de su obra, aunque manifestó que, si no hubiera sido por su deseo de agradar al rey inglés, no la habría hecho por menos de doscientos ducados de oro.

(3) *Idem*, II, parte 3.^a, (Londres, 1864) p. 916.

Por último se verificaron todos los pagos, de los que fueron testigos el bachiller Juan Pérez de Unza, y dos de los comerciantes londinenses residentes en Bilbao, Thomas Travers y Nicholas Wilford. Lerreuci de Palma no sabía escribir, y en su nombre firmó cierto *señor Lasarte*.

El mismo Badcock se encargó de llevar el cañón hasta el puerto de Londres.

De esta fecha data una carta de recomendación para el cardenal Wolsey, redactada por los dos embapadores de Enrique VIII en España, lord Bernes y el Arzobispo de Armagh, en la que reconocen que han sido muy bien tratados por este comerciante durante los doce días que permanecieron en Guipúzcoa después de desembarcar en San Sebastián. Dicen también que acudieron en su busca nada más llegar porque así se lo habían aconsejado tanto el marqués de Dorset, como William Sands y William Knight, que le habían conocido en 1512. *Está muy bien considerado en este lugar*, comentan (4).

Diez años de silencio vuelven a cubrir la vida de Badcock después de este último dato.

Las pocas noticias que hasta 1518 tenemos de su persona se limitan casi exclusivamente a transacciones comerciales o a hechos políticamente indiferentes, como es la fabricación de la culebrina. A partir de 1528, sin embargo, va a mezclar sus negocios con otro tipo de quehacer que sólo puede ser definido como "espionaje", y que poco a poco toma cada vez más relieve, llegando a absorber todo su tiempo y a conducirlo por fin a la pobreza, al haber abandonado el comercio, que era su única fuente de ingresos.

Debió ser ésta una década atareada: después de informar a Inglaterra que el 10 de octubre de 1528 había llegado a la costa cantábrica un tal Shark con varios halcones y lebreles para Carlos V (a quien traía también una petición de ayuda y tropas para el conde irlandés Desmond), Badcock se lamenta amargamente con estas palabras que resumen en parte los años anteriores:

Siempre ha sido mi suerte la de gastar mi esfuerzo y mi dinero en balde. Mi intención es la de servir al rey mientras viva, pero ahora que he gastado todo cuanto tenía, ya no puedo ofrecer unos servicios tan diligentes como yo quisiera (5).

No va a ser ésta tampoco la primera vez que Badcock deje oír sus quejas.

Para mayo del año siguiente ya no quedan dudas de que el comerciante inglés es un eslabón más de lo que hoy podríamos llamar

(4) *Idem*, II, parte 2.^a, (Londres, 1864 (?)) p. 129.

(5) *Idem*, IV, parte 2.^a, (Londres, 1872) p. 2110.

el "servicio secreto" de Enrique VIII en Europa. Con conexiones en diversas capitales cercanas, entre ellas Vitoria, Bayona y Burdeos, Badcock estaba al corriente de cuanto ocurría en todo el país vasco, español y francés, y lo comunicaba a la corte de Londres por medio de los mercaderes William Pratt (en la capital británica) y John Winter y Thomas White (en Bristol); él mismo les informaba de las llegadas y salidas de personajes por los puertos cantábricos, de cuáles eran los motivos de sus viajes (cuando lograba averiguarlo), de las presas que unas armadas se hacían a otras en el golfo de Vizcaya, etc., etc. (6). Basta como ejemplo el dato siguiente: el 4 de julio de 1529 los dos embajadores arriba mencionados escribían a Enrique VIII comunicándole que, *según les había informado Thomas Badcock*, se acababa de firmar una tregua de dieciocho meses entre los puertos del sur de Francia y los de Guipúzcoa y Vizcaya (7).

Con todo, Badcock seguía empleándose en el comercio, aunque al parecer no con tanta dedicación como en la segunda década de aquel siglo: el 20 de octubre de 1530 se le autorizó a exportar de Inglaterra cada año cinco quintales de trigo, ciento setenta kilos de alubias o de avena, setenta de guisantes y 480 velas de sebo (8).

De nuevo dos años de silencio en los documentos británicos (1531 y 1532), seguidos por cinco años con relativa abundancia de noticias.

1533. Badcock informa de las dificultades monetarias por las que atraviesa Carlos V, quien probablemente reunirá en fecha próxima las cortes aragonesas en Monzón, seguidas después por las de Castilla. En la noche del 12 de julio llama a su puerta Thomas Biston, un mensajero de Enrique VIII, a quien el contacto de Badcock en Bayona le había aconsejado que visitase. Biston siguió por Hernani y Vitoria hacia Madrid al día siguiente. En la carta que Badcock comunica éstas y varias noticias más, vuelve a insistir en lo poco y mal que se le ha recompensado por los muchos servicios que hasta entonces había prestado, y asegura que no tiene *intención de seguir trabajando más de balde* (9).

1534. Badcock recibe la visita de un inglés, Robert Leyton, quien le transmite un mensaje oral de John Winter, su contacto en Bristol. Este le rogaba de parte de Enrique VIII que averiguara el número de embarcaciones que en aquel momento se estaban construyendo en España. El comerciante transmitió a Inglaterra a mediados de diciembre los datos siguientes: en Rentería se acababa de terminar un galeón de setecientas u ochocientas toneladas; otro en Guetaria; y se completaría uno más en San Sebastián en marzo de 1535. Carlos V había mandado hacer 24 galeras en Barcelona y veinte más en Andalucía.

Para estas fechas, sin embargo, Badcock parecía realmente cansado

(6) *Idem*, IV, parte 3.^a, (Londres, 1876) p. 2485.

(7) *Idem*, p. 2564.

(8) *Idem*, p. 3026.

(9) *Idem*, VI, (Londres, 1882) p. 365.

de trabajar *de balde*, como él afirma, por la causa de su monarca, sin recibir a cambio ninguna satisfacción, ni siquiera monetaria. Y en la misma carta del 13 de diciembre de 1534, colmada ya su paciencia según todos los indicios, le escribe al canciller de Inglaterra en términos que tal vez no habría usado si hubiera vivido allí. Pero en Guipúzcoa, con muchas millas de distancia por medio, podía dirigirse a la mayor autoridad del Estado después del rey y decirle que había hecho tanto por todos los embajadores y enviados de Enrique VIII que se había quedado sin dinero; que si el monarca británico quería que siguiese a su servicio, debía enviarle dinero para su sostenimiento y el de su familia, ¡ah!, y un caballo; este debía tener además una altura precisa de una yarda y media más dos pulgadas (un metro cuarenta y dos centímetros). Sin estas condiciones no estaba dispuesto a continuar sus gestiones, porque sin dinero y sin caballo mal podría desplazarse de un lado a otro por la geografía española; él no tenía dinero para comprarse un caballo, que entonces costaban en Castilla de 40 a 50 ducados. Demasiado para él (10).

Según parece, sus peticiones fueron atendidas, porque aún continuaría al menos tres años al servicio del espionaje inglés.

1535. 6 de marzo: Vuelve a insistir en el tema de su carta anterior: se están preparando cuarenta y cinco naves en las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa, listas ya para el transporte de 1.400 hombres. La nave capitana es un galeón de 800 toneladas.

21 de mayo: Anuncia a Thomas Cromwell la partida de Pasajes el 16 de abril del Capitán Martín de la Rentería al mando de una flota de 27 barcos y 700 soldados, así como de su llegada a Cádiz. También le señala que había llegado a Pasajes procedente de Flandes un grupo de doscientos prisioneros luteranos en una galera (11).

22 de junio: Nueva misiva para Cromwell, con detalles de la situación de los ejércitos españoles y de los planes de Carlos V para atacar la plaza de Túnez. Solicita al final licencia para exportar de Inglaterra cien toneladas de vino y lana anuales, *que le sirvan de ayuda en su vejez* (12).

Uno llega a preguntarse cómo conseguía Badcock algunas de las noticias y de los datos que enviaba a Inglaterra. Téngase en cuenta que es probable que sólo nos haya quedado una parte mínima de su correspondencia. Suponiendo que ésta fuera dos, tres o cuatro veces más abundante de lo que hoy aparece, el número de informes transmitido es sin duda importante. La fuente de estos datos no la descubrimos hasta el 5 de agosto de 1535: Badcock envía en esta fecha desde Rentería a Inglaterra copia de una carta de Carlos V al virrey de Navarra, otra del emperador a un capitán de la guardinición de San Sebastián, y

(10) *Idem*, VII, parte 2.^a (Londres, 1883) p. 572.

(11) *Idem*, VIII (Londres, 1885) p. 278.

(12) *Idem*, pp. 356-357.



Campamento militar del siglo XVI



Campamento inglés en la primera mitad del siglo XVI



Soldado inglés de infantería
(comienzos del siglo XVI)

una tercera dirigida al obispo de Palencia. Y dice que ha recibido estas copias de una sobrina suya, Juana Badcock, *que reside en la corte de la Emperatriz*; Juana estaba casada con el que el comerciante inglés llama *mi sobrino* (en ningún momento se menciona su nombre), que era *secretario de uno de los miembros más principales del Consejo del Emperador Carlos* (13). Esta parece ser la fuente más importante de sus informaciones, a parte de las que conseguía en San Sebastián y ciudades cercanas. Así, por ejemplo, con las copias anteriormente mencionadas envió a Cromwell el mismo día 5 de agosto otra carta *que un amigo de Vitoria me mandó el 29 de julio y recibí el 31*.

Se disculpa por mandarlas en español, sin traducirlas esta vez al inglés, pero el barco que las llevaba a Bristol partía enseguida y no tenía tiempo de cumplir este requisito. *Este es, por otra parte, un trabajo que debo hacer solo, pues mi hijo no sabe inglés* (14).

Como ya es habitual en él, las últimas líneas de la carta son para solicitar *alguna recompensa por sus continuos servicios*.

Mientras tanto, mucho había cambiado la situación europea desde el año 1518, en que un corresponsal había dicho de Badcock que estaba muy bien considerado en España. El nacimiento del protestantismo y las luchas consecuentes, la creación de la iglesia anglicana en Inglaterra, y las tensas situaciones que por este motivo resultaban entre Carlos V y Enrique VIII, influían directamente sobre Badcock, sobre sus negocios en España y el modo cómo era aquí considerado. Sabiéndole inglés, no es muy improbable que también le tacharan aquí de hereje y apóstata, con o sin razón. Lo cierto es que en 1535 Thomas se quejaba con estas palabras:

Nunca hemos sido tan mal tratados en este país como ahora.

Esta frase la encontramos en una carta de Badcock, en la que da cuenta de cómo un compatriota suyo, Nicholas Daniel, prisionero en la cárcel de San Sebastián, le ha hecho llegar una nota, confesándole que no tiene otro a quién acudir, y pidiéndole que despache un mensajero a los embajadores británicos en Madrid para que éstos procuren su libertad, que ya desespera de conseguir (15).

El 6 de diciembre de este mismo año de 1535 encontramos el documento más interesante, quizás, de cuantos el comerciante inglés escribió en esta época. Está dirigido a John Walley, jefe de la guarnición de Calais, entonces plaza inglesa, y los hechos que narra son como sigue:

El 25 de septiembre Walley había escrito a Roger Bayzing, comerciante inglés residente en Burdeos, para que hiciera enviar a Rentería una carta para Badcock, a cuyas manos llegó finalmente un mes des-

(13) *Idem*, XII, parte 1.^a (Londres, 1890) pp. 292-293.

(14) *Idem*, IX (Londres, 1886) p. 9.

(15) *Idem*, VIII (Londres, 1885) p. 278.

pués, el 28 de octubre. Se le pedía en ella que buscara en el norte de España maestros albañiles para hacer uno de los muelles del puerto de Dover, puerta de entrada en Inglaterra desde el Continente.

Badcock contestó, pues, el 6 de diciembre que no había podido hallar ninguno en toda la zona costera cantábrica hasta Santander, porque todos los que había estaban en aquellos momentos ocupados con mucho trabajo. Añade que los maestros albañiles que en aquellos precisos días construían el dique de San Sebastián, saldrían a continuación para el puerto de Portugalete, donde ya les esperaba nueva tarea. Estos están dispuestos a ir a Dover al concluir su trabajo en el puerto vizcaíno, pero antes quieren saber qué clase de piedra hay en las inmediaciones de Dover. Lo más conveniente sería enviarles una que pesase un quintal. Las medidas del muelle que entonces se construía en San Sebastián —siempre según los datos consignados por Thomas Badcock— eran: seis brazas de anchura, ciento cincuenta de largo y ciento veinticinco de alto. Badcock estimaba que por esta obra no les pagarían más allá de seis mil ducados. Esto podía dar a Walley una idea de sus honorarios. Los maestros albañiles con quienes ha hablado no han puesto reparos en desplazarse a Inglaterra, pero piden un sueldo de dos ducados al día desde el momento en que partan de España; en su opinión, no necesitan estar en Dover más de dos meses, tiempo suficiente para enseñar a los albañiles ingleses a colocar las piedras, hacer el mortero más conveniente y fabricar las grúas necesarias para el caso.

Según estos maestros le comunicaban, no les asustaba lo más mínimo tener que hacer los cimientos del muelle a seis o siete brazas de profundidad.

Como no se moverán sino se les paga desde el primer momento, escribe Badcock, lo mejor será que el rey mande dinero a los comerciantes ingleses que residen en Bilbao. A través de ellos se les puede pagar las primeras cantidades.

También añade que el maestro albañil de San Sebastián tiene bajando sólo a treinta hombres, debido a que las canteras se hallan muy cerca. En Dover harán falta al menos cien.

1536. Aunque redactada esta última carta a principios de diciembre de 1535, Badcock no la envió hasta febrero del año siguiente. Mientras tanto escribió dos posdatas. La primera, el 24 de enero, era para decir a John Walley que se había enterado por varios pilotos que los cimientos de Dover podrían hacerse mejor con marea baja, por lo mucho que allí bajaban las aguas. Los albañiles piden ochocientos ducados por adelantado, y dan garantías de realizar satisfactoriamente su trabajo. *Si se acuerda contratarlos en firme, es mejor que se vayan disponiendo ya grandes piedras en el puerto, a la altura del agua en marea baja.*

La segunda posdata fue escrita tres días más tarde, el 27 de enero, y daba cuenta en ella de que acababa de llegar de Inglaterra Philip

Hoby, camino de la corte española. Este le había dicho que enviase a Dover lo antes posible dos de los mejores maestros albañiles que pudiese encontrar en el país vasco.

Badcock promete que los enviará tan pronto como llegue el dinero para pagarlos (16).

1537. 8 de abril: Carta al canciller de Inglaterra. Le informa de que los navíos del emperador Carlos V han robado y matado en los últimos meses a muchos marinos y comerciantes ingleses que navegaban entre Burdeos y los puertos británicos (17). Asimismo le pone al corriente de ciertas dificultades que encuentra en exportar productos de Inglaterra para su casa de Rentería. Por los datos que suministra, el arzobispo de York (que había sido embajador en España) y Francis Marzyne, habían obtenido del Rey una licencia de exportación a favor de Badcock, desde el puerto de Bristol; pero había allí cierto oficial de aduanas, de nombre Godwin, que le ponía continuos obstáculos. Badcock solicita del Canciller que ponga pronto remedio (18).

Es la última noticia que conservamos de este comerciante inglés tantos años residente en Guipúzcoa. Después del mes de abril de 1537 su nombre no vuelve ya a aparecer en documento alguno de la época.

APENDICE II

OFICIALIDAD DEL EJERCITO

Capitán General: Thomas Grey, Marqués de Dorset.

Teniente General: Thomas Howard, Lord Howard.

Intendente General: Henry Willoughby.

Tesorero: William Sands.

Mariscal: Maurice Berkeley.

Vicemariscal: William Kingston.

Inspector: Edward Hatcliff.

(16) *Idem*, XII, parte 1.^a (Londres, 1890) pp. 119-120.

(17) *Idem*, p. 392.

(18) *Idem*.

Capitanes de infantería: Edward Sutton, lord Dudley. Edmund Howard. Griffith Ap Rice. John Audley. Thomas Cornwall. Henry Seward. Geoffrey Gates. William Griffith. Edward Conway. Thomas Cresset. Thomas Kynaston. James Strangways. John Dyve. William Parr. James Framlingham. Edward Chamberlaine. William FitzWilliam. John Melton. William Hussey. Giles Capell. Edward Neville. Edward Donne. Anthony Grey. John Grey. Walter Devereux, lord Ferrers. Robert Willoughby, lord Broke. William Willoughby, lord Willoughby.

Oficiales de infantería: George Falstaff. Nicholas Purley. William Skeffington. Humphrey Lloyd. William Gorge. William Rowse. Thomas Thurland. Thomas Twyford. John Etton. John Dansy. Edmund Dallyon. Anthony Willoughby. Martin Penry. Edward Bray. John Wallop. John Dabscourt. Edmund Wingfield. George Sibsey. Guyot de Hule.

Capitanes de artillería: Everard Digby. Nicholas Marland.

Oficiales de artillería: Thomas Dolling. David Ap Howell.

Miembros del Consejo: Thomas Grey, Marqués de Dorset. Robert Willoughby, lord Broke. William Willoughby, lord Willoughby. Henry Willoughby. Walter Devereux, lord Ferrers. Thomas Howard, lord Howard. Maurice Berkeley. Griffith Ap Rice. William Sands. William Kingston.

APENDICE III

CRONOLOGIA DE LA EXPEDICION

Mayo

- 2, domingo.—Thomas Grey, capitán general.
- 3, lunes.—Guyot de Guy se suma a las tropas de Thomas Grey.
- 8, sábado.—El ejército se halla dispuesto para la partida.
- 17, lunes.—Pago a las tropas de la primera soldada.
- 21, viernes.—Salida de la expedición de Southampton. Thomas Howard, nombrado lugarteniente general.
- 31, lunes.—Carta de Enrique VIII a su embajador en Roma, anunciándole la partida de su ejército hacia España.

Junio

- 7, lunes.—Llegada de la expedición a la costa vizcaína.
- 8, martes.—Entrada en el puerto de Pasajes.

9, miércoles.—Establecen el campamento en Rentería.

10, jueves.—Luis XII de Francia recibe las primeras noticias de la expedición inglesa.

14, lunes.—William Knight envía las primeras noticias a Inglaterra.

22, martes.—Traslado del campamento a las cercanías de Irún.

23, miércoles.—Thomas Badcock, depositario en Fuenterrabía del dinero de la expedición.

25, viernes.—Reunión del Consejo.

27, domingo.—Los franceses se acercan al Bidasoa.

28, lunes.—Primer encuentro armado con tropas francesas.

Julio

1, jueves.—Primeros informes de Dorset a Enrique VIII.

2, viernes.—Temores de peste en Irún.

7, miércoles.—Temores de peste en Irún.

8, jueves.—Carta de Lord Howard al arzobispo Wolsey.

13, martes.—Amotinamiento de las tropas.

14, miércoles.—Ejecución del jefe de la rebelión.

18, domingo.—El ejército del duque de Alba parte de Vitoria en dirección a Pamplona.

21, miércoles.—Entrada en Navarra de las tropas castellanas. Excomuniación papal "contra vizcaínos y cántabros".

24, sábado.—El duque de Alba exige la rendición de Pamplona.

25, domingo.—Las tropas castellanas entran en Pamplona.

Agosto

1, domingo.—Carta del duque de Alba a Dorset.

2, lunes.—Carta de Fernando el Católico a Dorset.

4, miércoles.—Llegada a Pasajes del salitre necesario para la elaboración de la pólvora.

5, jueves.—Carta en clave de John Style a Enrique VIII. Carta de William Knight al arzobispo Wolsey: decisión de no permanecer en España más allá del 29 de septiembre.

9, lunes.—Intento de reparación de una serpentina.

17, martes.—Pillaje de Irún por soldados ingleses. Ejecución de los culpables.

24, martes.—Ataque inglés a tierras gasconas.

27, viernes.—Nueva carta de William Knight a Inglaterra, informando de la situación del ejército.

28, sábado.—El Consejo decide el regreso a Inglaterra.

29, domingo.—Traslado del dinero del ejército desde la residencia de Badcock, en Fuenterrabía, a la de Peter Savan.

31, martes.—Knight y Kingston embarcan para llevar a Enrique VIII la noticia del regreso.

Septiembre

1, miércoles.—Carta de Fernando el Católico al Dux de Venecia, a propósito de la próxima retirada inglesa.

6, lunes.—Knight y Kingston se ven obligados a regresar a San Sebastián.

7, martes.—Carta de Dorset a Fernando el Católico.

10, viernes.—Llega al campamento inglés la caballería española. El duque de Alba, en San Juan de Pie de Puerto.

11, sábado.—Insubordinación de las tropas.

17, viernes.—Se inician los preparativos para el regreso.

18, sábado.—William FitzWilliam, en busca de los desertores.

Octubre

4, lunes.—El marqués de Dorset cae enfermo. Carta de William Knight al arzobispo Wolsey.

14, jueves.—La tesorería se traslada a Rentería.

15, viernes.—Traslado de la tesorería a Pasajes.

20, miércoles.—Pago de los barcos de transporte españoles. Compra en Pasajes del vino necesario para las jornadas de regreso.

23, sábado.—Llega Martín de Mújica con cartas de Enrique VIII para Dorset.

24, domingo.—Salida de los ingleses de los puertos guipuzcoanos.

29, viernes.—Llegada a Inglaterra.

Noviembre

19, viernes.—Enrique VIII recibe en audiencia a los capitanes de la expedición.

APENDICE IV

LOS JUICIOS DE LA HISTORIA

El marqués de Dorset fue enviado a España con mil hombres, y asoló buena parte de Guyena, y en invierno regresó por causa de la disentería.

ROGER FABYAN, *The New Chronicles of England and France* (1516), edición de 1811, Londres, p. 696.

El rey Enrique de Inglaterra preparó un ejército para invadir Francia por tierra y mar, y envió también tropas a Guyena, de donde regresaron sin haber conseguido absolutamente nada.

JEAN BOUCHET, *Les Annalles dacquittaine*, (Poitiers, 1535) folio CLIII.

Un ejército inglés que desembarcó a las órdenes de Dorset en Fuenterrabía para atacar la Guyena fue utilizado por Fernando el Católico como fuerza de disuasión contra los franceses, mientras él conquistaba Navarra... Las tropas se amotinaron, y regresaron a Inglaterra.

JOHN R. GREEN, *History of the English People*, (Londres, 1880) II, p. 92.

Los soldados permanecieron inactivos, hasta que un fuerte ataque de disentería en el campamento los desmoralizó completamente, y decidieron por su propia cuenta volver a Inglaterra. Cuando Enrique VIII supo esto, escribió airado a Fernando para que los detuviera en España, si era preciso por la fuerza. Pero sus órdenes llegaron tarde, y el ejército inglés regresó sin haber llevado a cabo ninguno de sus cometidos.

Dictionary of National Biography, editado por Leslie Stephen y Sidney Lee (Londres, 1890) XXIII, p. 202.

Desde el punto de vista militar, la expedición fue un rotundo fracaso.

JOHN G. UNDERHILL, *Spanish Literature in the England of the Tudors*, (Nueva York, 1899) p. 61.

Enrique VIII envió a Guyena 10.000 hombres. Pero los ingleses se irritaron al ver que Fernando dirigía sus fuerzas contra Navarra. Las lluvias de octubre les sirvieron de pretexto para volver a embarcarse.

HENRI LEMONNIER, *Histoire de France*, tomo V, parte 1.^a (París, 1903) p. 106.

A medida que pasaban los meses, el descontento aumentaba en el campamento inglés. Los hombres morían de disentería, los precios eran prohibitivos, no había cerveza... Dorset no fue lo suficientemente fuerte como para dominar el espíritu insubordinado de sus hombres. A pesar de las sugerencias de Fernando el Católico, para que al menos permaneciera en España la oficialidad, todo el ejército decidió regresar a Inglaterra... Pocos episodios de la historia militar inglesa han sido más ignominiosos. Hubo malversación de fondos en la administración,

Dorset fue débil y contemporizador, y los soldados fueron culpables de cobardía y motín.

M. A. L. FISHER, *The History of England from the accession of Henry VII to the death of Henry VIII*, (Londres, 1928) p. 176.

El 7 de junio un ejército de 10.000 hombres desembarcó en Fuenterrabía. No realizó nada importante... Sin tiendas de campaña, mal alimentados, careciendo de cerveza y poco acostumbrados al vino, las tropas inglesas sólo hallaron la enfermedad y la indisciplina. Muchos murieron de disentería. Otros manifestaron abiertamente a su incompetente general que nada les detendría allí después de la fiesta de San Miguel. En octubre regresaron a Inglaterra sin la autorización de su general.

J. D. MACKIE, *The Early Tudors (1485-1558)*, (Oxford, 1952) p. 274.

La primera empresa militar de Enrique había terminado en desgracia y desastre. La reputación de los soldados ingleses sufrió un duro golpe. Los propios embajadores de Enrique VIII se quejaron de la insubordinación del ejército, de su falta de reciedumbre ante las dificultades y de su inexperiencia en los encuentros bélicos. Y el ignominioso regreso de las tropas expuso al monarca inglés a las burlas de amigos y enemigos.

A. F. POLLARD, *Henry VIII*, editado por Jonathan Cape (Londres, 1970) p. 46.

En 1512 se envió una expedición al sur de Francia, y allí se vieron los lamentables defectos que entonces padecía el ejército inglés. Aunque la importación de arcabuces y otras armas de fuego muestra que Inglaterra no era ajena al progreso que en este momento estaba experimentando Europa, la fuerza enviada a Guyena estaba armada principalmente (si no exclusivamente) con los viejos y tradicionales arcos y alabardas; y lo que es peor, estos arcos resultaron todos ellos inútiles. Hubo además un pésimo servicio de aprovisionamientos, se les negó la soldada y pronto se quedaron sin cerveza, cosa ésta última que colmó su paciencia.

El Consejo, en el que residía el mando supremo de la expedición, no consiguió ponerse de acuerdo en cuanto al plan de las operaciones. Los hombres permanecían inactivos, y ni siquiera se les sometió a ejercicios militares.

El amotinamiento fue la consecuencia lógica. Un amplio número rehusó seguir en servicio por menos de ocho peniques al día, en lugar de los seis que entonces se les abonaba; otros juraron que nada les impediría el regreso a Inglaterra. Sólo la muerte en la horca del jefe de los amotinados logró sofocar la rebelión.

J. W. FORTESCUE, *A History of the British Army*, (Londres, 1899) pp. 112-113.

BIBLIOGRAFIA

De las tres mayores bibliografías que pueden citarse aquí, la española, francesa e inglesa, no hay duda alguna que la más importante es la inglesa. No sólo por la mayor abundancia de títulos y autores, sino porque se trata en numerosos casos de autores contemporáneos de los hechos, o de recopilaciones de documentos y cartas varios de aquella época.

BIBLIOGRAFIA BRITANICA

- BACON, J., *The Life and Times of Francis the First*, (Londres, 1829) pp. 89-90 del volumen I.
- *Calendar of Letters, Despatches and State Papers relating to the negotiations between England and Spain*, volumen II (Henry VIII, 1509-1525), editado por G. A. Bergenroth (Londres, 1866).
- *Calendar of State Papers and Manuscripts, Venice*, volumen II (Londres, 1867).
- CLOWES, WILLIAM LAIRD, *The Royal Navy*, (Sampson Low, 1897) p. 450 del volumen I.
- CRUICKSHANK, C. C., *Army Royal*, (Oxford, 1969).
- FABYAN, ROBERT, *The New Chronicles of England and France*, (Londres, 1811) pp. 695-696.
- FORTESCUE, J. W., *A History of the British Army*, (Londres, 1899) I, pp. 112-113.
- GRAFTON, RICHARD, *Chronicle, or History of England*, (Londres, 1809) II, pp. 244-248.
- HACKETT, FRANCIS, *Francis the First*, (Londres y Toronto, 1934) p. 110.
- HOLINSHED, RAPHAEL, *Chronicles of England, Scotland and Ireland*, (Londres, 1808) III, pp. 568-570.
- *Letters and Papers, Foreign and Domestic, of the Reign of Henry VIII*, I, parte 1.^a (Londres, 1920).
- MACKIE, J. D., *The Early Tudors (1845-1558)*, (Oxford, 1962) p. 274.
- POLLARD, A. F., *Henry VIII*, (Londres, 1970) pp. 45-46.
- UNDERHILL, JOHN G., *Spanish Literature in the England of the Tudors*, (Nueva York, 1899), pp. 61-63 y 156.

- HALL, EDWARD, *Chronicle, containing the History of England*, (Londres, 1809) pp. 527-532.
- HERBERT, EDWARD, *The Life and Raigne of Henry the Eighth*, (Londres, 1741) pp. 20-25.
- GRAFTON, R., *Chronicle*, (Londres, 1809) pp. 244-248.
- SPONT, ALFRED, *Letters and Papers relating to the War with France* (1512-1513), (Londres, 1897) pp. 16, 18, 21-23 y 41.

BIBLIOGRAFIA FRANCESA

- BOUCHET, JEAN, *Les Annales dacquitaine*, (Poitiers, 1535) folio CLIII.
- DELAROCHE, A. L., *Histoire de Louis XII*, (Lyon, 1831) pp. 250-251.
- GAIX, BLAY DE, *Histoire militaire de Bayonne*, (Bayona, 1899) I, pp. 116-118).
- *Lettres du Roy Louis XII*, (Bruselas, 1712) III, pp. 189, 269 y 274.
- *L'Histoire du Royaume de Navarre*, (París, 1596) p. 631.
- MARILLAC, GUILLAUME DE, *Vie du Connétable Charles de Bourbon*; parte segunda de *Choix de Chroniques et Mémoires sur L'Histoire de France*, (París, 1836) p. 142.
- LONLEZUN, J. J., *Histoire de la Gascogne*, (Auch, 1850) V, p. 126.
- SAVOY, LOUISE DE, *Journal*; parte sexta de *Choix de Chroniques et Mémoires sur l'Histoire de France*, (París, 1836) p. 297.
- TAILHIE, J., *Histoire de Louis XII*, (París, 1755) III, pp. 180-184 y 190-191.

BIBLIOGRAFIA ESPAÑOLA

- AROZAMENA, JESUS MARIA y BERRUEZO, JOSE, *San Sebastián*, (San Sebastián, 1967) p. 53.
- CAMINO Y ORELLA, JOAQUIN ANTONIO DE, *Historia Diplomático-Eclesiástica Anciana y Moderna de la Ciudad de San Sebastián*, Ed. F. Arocena (San Sebastián, 1963) p. 92.
- CLAVERIA, CARLOS, *Historia del Reino de Navarra*, (Pamplona, 1971) pp. 311-313.
- CORREA, LUIS, *Historia de la conquista del reino de Navarra por el duque de Alba*, (Pamplona, 1843). Prólogo de José Yanguas y Miranda, pp. 61-63.
- *Crónica del Reino de Navarra*, vol. III de *Las Glorias Nacionales*, (Madrid y Barcelona, 1852) pp. 581-582.

- MUGICA, SERAPIO, *Monografía histórica de la Villa de Irún*, (Irún, 1903) pp. 77-8.
- ORTUETA, A. DE, *Nabarra y la unidad política vasca*, (Barcelona, 1931) pp. 427-447.
- SORALUCE Y ZUBIZARRETA, NICOLAS DE, *Historia General de Guipúzcoa*, (Vitoria, 1870) II, pp. 198-9.
- ZURITA, JERONIMO, *Historia del rey Don Fernando el Católico*, (Zaragoza, 1580) libros IX y X.

I N D I C E

PRESENTACION	V
ESTUDIOS	
DE CRONICAS Y TIEMPOS BRITANICOS. Historia de una expedición militar inglesa en Guipúzcoa (Junio-Octubre de 1512), por Julio-César Santoyo	3
ORDENANZAS DE LA COFRADIA DE SANTA CATALINA, por José Luis Banús Aguirre	73
ERECCION DE LA PARROQUIA DE SAN PEDRO, DE LASARTE (10 Abril 1569), por José Goñi Gaztambide	107
SAN SEBASTIAN EN EL SIGLO XVIII. Dos descripciones de 1785 y 1799 y una estadística de todo el siglo, por J. Ignacio Tellechea Idígoras ...	127
EL CONVENTO DE SAN TELMO EN EL SIGLO XIX. El "Libro de Consejos" (1816-39), por Juan Carlos Jiménez de Aberásturi Corta	181
NOTAS	
DIVISION DE GUIPUZCOA EN VALLES, por Sebastián de Insausti	219
ALGO SOBRE LAS BOTICAS DONOSTIARRAS DEL SIGLO XVII, por Luis Murugarren Zamora	231
UN AUTOGRAFO DEL DR. CAMINO, por José Berruezo	253
REEDICION DEL LIBRO "GESTION MUNICIPAL DE SAN SEBASTIAN" (1894-1900) DE BALDOMERO ANABITARTE, por Alberto Anabitarte	257
UNA OBRA INEDITA DE D. ANTONIO CORTAZAR MACHIMBARRENA, por J. M. Encio	261
DOCUMENTOS	
RENTERIA A FINES DE SIGLO XVIII. Dos documentos de J. I. Gamón, J. I. T. ...	267